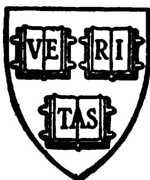
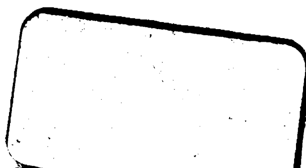

VE RI
TAS



BOLETÍN

DEL

CENTRO ARTÍSTICO

DE GRANADA.

2 de Enero de 1892.



GRANADA.
Establecimiento tipográfico, Hospital de Santa Ana, 12.
1892.

BOLETÍN

DEL

CENTRO ARTÍSTICO

DE GRANADA.

2 DE ENERO DE 1892.

46

GRANADA.
Establecimto. tipográfico Hospital de Santa Ana, 12.
1892.


HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
SEP 10 1963

A la memoria

de los Reyes Católicos

en el 4.° Centenario de la Reconquista de Granada,

El Centro Artístico.

LÁMINA I



Granada por los Reyes Católicos

Boceto al óleo de Isidro Marín, fotografía de Ayola

Fototipia J. Thomas & Comp.ª—Barcelona.



Hay fechas en la historia que consuelan y alegran. Tal acontece con la del 2 de Enero de 1492, en que tiene feliz acabamiento la secular guerra con los moros, se consolida la unidad nacional, reivindicando el suelo perdido en Guadalete, y da comienzo una época nueva de prestigios y bienandanzas.

El ánimo se sorprende al pensar en tan fecundo suceso; en los ínclitos Reyes que lo llevaron á cabo; en los personajes que los acompañaron en la empresa, guerreros in-

domables, caballeros perfectísimos, maravillosas personas, cuyos nombres honran la historia; en el interés drámatico de aquellos días en que un pueblo y un Reino, también caballeroso, doblaba el yugo á los designios de Dios, y entregaba este paraiso á sus felices conquistadores.

Como todas las grandezas se dan la mano, aquel mismo año en que tenía lugar la unidad de la patria, se descubría un nuevo Mundo, donde esparciera la vida y la lumbre de su genio; y si España entera celebra con fervoroso entusiasmo este dichoso acaecimiento, á nosotros los granadinos pertenece particularmente poner los ojos en la importancia del primero, que precede y parece como que engendra moralmente al segundo. Porque si bien la gloria del descubridor de América se reparte entre los régios protectores que lo ampararon; si la figura del inmortal Colón parece como que llama á voces, para juntarse con ellas, la excelsa y peregrina de Isabel y la magnánima de Fernando,conviene partir los sucesos en su división natural, y hacer notar que sin aquel resurgimiento que en el espíritu nacional

produjo la toma de Granada, sin aquel bíenestar, satisfacción y dicha que debía correr por todos los ánimos españoles, desde el Rey hasta el último vasallo, sin la predisposición á todo lo inusitado y grande en que quedan los pueblos vencedores, es casi seguro que el descubrimiento de América no se habría verificado.

Á nosotros nos corresponde señalar esto muy de relieve, y hacer presente á todos los que este año recuerdan su equivalente del siglo XV, la trascendental importancia del hecho gloriosísimo que tuvo lugar el 2 de Enero de 1492.

Así lo ha entendido, con muy buen acuerdo, nuestro Excmo. Ayuntamiento y las Corporaciones de Granada, al conmemorar el IV Centenario de la conquista de la Ciudad, con solemnidades religiosas y civiles, certámenes y fiestas.

El Centro Artístico no podía faltar en este cuadro de festejos, y desde luego determinó tomar parte en ellos. Considerando que varias Sociedades, y el mismo Ayuntamiento, habían abierto concursos, para premiar obras artísticas, históricas ó literarias

referentes á la Conquista, desistió de la idea de un nuevo Certamen, y teniendo en cuenta que sus medios no le permitían tampoco adherirse á las fiestas de modo tan ostensible y brillante como grande es su entusiasmo, acordó, contando con la benévola protección del Ayuntamiento, imprimir este extraordinario de su Boletín, que, en esmerado papel y pulidos caracteres elzevirianos, publicase trabajos históricos de los más perspicuos escritores granadinos, dejando así á la posteridad un recuerdo del regocijo y respeto con que se ha celebrado el IV Centenario de la Conquista.

Bueno es hacer notar que al realizar este propósito, y ofrecer el presente número, el Centro no hace sino corresponder á su tradición y á sus deseos; porque siempre han sido alma de sus entusiasmos artísticos las glorias de Granada, y objeto de su particular devoción el recuerdo de los Católicos conquistadores, cuyas cifras campean en nuestros monumentos, cuyas figuras ostenta el escudo de la Ciudad, y cuyo recuerdo constantemente evoca la augusta nave de la Capilla Real. Que allí, en oscura y estrecha

cripta, tras el encaje de hierro de la grandiosa verja, bajo el fino sepulcro de blanquísimo mármol, descansan sus cuerpos; y parece que el atractivo de aquel severo arte cristiano, unido á las sensuales maravillas de la Alhambra, es como la clave y síntesis de toda la expresión artística de Granada.

*
* *

El Centro no sería justo si no diera las gracias á su asiduos colaboradores en este Boletín; y sobre todo al Excmo. Ayuntamiento, que, comprendiendo la importante misión de cultura de esta Sociedad, procura conservarla, y la protege.

No sienta bien el elogio en labios interesados, pero como van dirigidos á una entidad, ó mejor, á una idea, no está demás poner aquí, á manera de recordatorio, un sumario de lo que el Centro ha hecho en pró de Granada.

Sociedad esencialmente laboriosa, ha convertido la afición á las artes en profesión y el trabajo en recreo; los socios bien lo saben, mas las personas extrañas gratamente se

sorprenden al visitar nuestro local: en la sala de lectura se ven las más ricas revistas ilustradas de Europa, las que publican y reproducen verdaderas maravillas artísticas é importantes trabajos; sostiene clases diarias de alemán y francés, y sobre todo, el estudio del modelo vivo para los artistas, que no han faltado una sola noche, durante los cursos, desde que la Sociedad se fundó hace 6 años, clase importantísima, que completa las enseñanzas de la Escuela Provincial de Bellas Artes, con el estudio del colorido, enseñanza que pasa desapercibida, y es tal vez la más necesaria en Granada, que debe conservar sus timbres artísticos como su más preciado caracter. Es menester recordar, porque es de justicia, que esta Sociedad ha creado una Sección de Excursiones, procedimiento no practicado hasta entonces en Granada, que visita asiduamente nuestros monumentos grandes y pequeños, huroneando, estudiando, rebuscando todo lo interesante para la arqueología y para el arte, reproduciendo por el plano, por el dibujo y la fotografía lo que amenaza desaparecer, reconstruyendo con datos exactísimos lo que

ya ha borrado el tiempo, acumulando en fin, en su album, un caudal inestimable de datos y noticias referentes á la historia monumental de Granada, album que si algun dia se publica, como tiene pensado, porque el CENTRO no es avaro de su obra, llamará justamentc la atención de los sabios. El CENTRO ha creado también el Orfeón, despertando el gusto á la música *coral*, igualmente desconocida en Granada; ha organizado brillantes exposiciones locales y regionales de bellas artes, emancipando estos concursos de la dirección del Municipio y reglamentándolos y dirigiéndolos por iniciativa y providencia de los mismos artistas; ha celebrado muchos conciertos musicales, que han quedado como sueño de dicha en la mente de los aficionados, y ha publicado tres tomos de este BOLETÍN,—antes de haber caido inmerecidamente en manos del que suscribe estas líneas,—que contienen interesantísimos trabajos de historia y curiosidades granadinas, hoy ya buscados con afán y guardados como oro en paño.

Respondiendo á todos estos antecedentes, la Sociedad, de cuyos sentimientos me hago

intérprete, hubiera hecho algo de mayor importancia en esta solemnidad, pero se ha tenido que concretar á lo más hacedero.

***

Ahora, algunas palabras más, y estas á nombre propio.

Hoy que dirigimos una mirada cariñosa á las glorias pasadas, justo es que procuremos enmendar el presente.

La fiesta de la Toma es la más bella y característica que se celebra en Granada. El acto de tremolar el viejo pendón de Castilla, ese sagrado pedazo de trapo que guardamos como una reliquia, al grito tradicional de «*¡Granada por los Reyes Católicos!*» es commovedor, y los que con fingida despreocupación lo ridiculizan, muestra dan de ignorancia ó de no abrigar en su pecho el dulce calor de la religión ni de la patria.

La poética romería á la Alhambra, donde lucen su hermosura las mujeres de esta tierra, en cuyos apasionados ojos de moras resplandece el pudor de las cristianas; aquel apiñamiento de personas que suben á la

maravillosa placeta de los Aljibes; el perfume patriótico que esparcen los alegres acentos de la campana de la Vela; el Generalife que surge como un sueño de hadas; todo ese polvillo de oro que se desprende de la Alhambra en este día, hablándonos de patrióticas empresas, de leyendas y de amores, debemos conservarlo con cuidado, guardarlo como tesoro, ya que, desventuradamente, nuestra ciudad va perdiendo sus fiestas populares.

Las de la Toma debían ser las fiestas de Granada, y el Ayuntamiento rodearlas de prestigio, de insinuaciones y de belleza.

Estos últimos meses se ha conseguido mucho en el camino de los deseos, que son como las flores de la voluntad. Ahora hacen falta los frutos.

Causa pena y vergüenza que la Alhambra se derrumbe lentamente, y el Estado no abone con puntualidad las cantidades que tiene consignadas para este objeto. A toda costa es menester recabar siempre el cumplimiento de esta obligación.

Y lo que decimos de la Alhambra, de todos nuestros monumentos.

Restaurar la *Casa del Carbón*, bellísima portada árabe que podía ser al par que recuerdo histórico precioso ornamento de nuestra Ciudad; aislar la Capilla Real, cercándola de artística verja, despojando la antigüa Lonja de los cuchitriles que la afean y dejando libre aquella hermosa galería, esto, entre otras muchas cosas, es tan decoroso y tan necesario, que no comprendemos cómo ya no se hizo hace mucho tiempo.

Porque los pueblos que á sí mismos no se aprecian y su historia y sus monumentos no respetan, ni pueden llamarse cultos, ni merecen prosperidades.

NICOLÁS M.ª LÓPEZ.





LA PRIMERA COMEDIA

QUE SE REPRESENTÓ PARA CELEBRAR LA TOMA DE GRANADA.



Tuvo lugar esta representación escénica en Roma, el 21 de Abril de 1492, fecha tan inmediata al 2 de Enero del mismo año, en que ocurrió la entrega de la ciudad, que no conociendo, como no conozco, pieza dramática alguna representada en el espacio intermedio de ambas fechas, me inclino á considerar la de Roma como la primera que se escribió con semejante objeto. Allí se imprimió en 1493, y probablemente se reprodujo por ese tiempo en España; pues conozco otra edición parecida, aunque distinta, sin lugar de impresión. La obra está escrita en latín, y encabeza una série de opúsculos, todos en la misma lengua, que forman un tomo en 4.º bajo el título de *Historia bética,* libro que ya se consideraba rarísimo en Italia á me-

diados del siglo último. No recuerdo que hagan mención los escritores granadinos de las noticias que anteceden, y, partiendo de este supuesto, me permito consignar ahora algunas ligeras indicaciones sobre el asunto.

He llamado *comedia* á esta composición, siguiendo la costumbre de nuestro antiguo teatro, donde todas ó casi todas las obras se publicaban bajo este nombre. La que nos ocupa carece de título y de calificativo de clase, aunque en mi juicio pertenece á lo que hoy se dice *drama*: su autor elude la cuestión á sabiendas; porque en tres versos del prólogo se expresa de este modo: «Nadie pregunte si han de observarse aquí las leyes de la comedia ó de la tragedia, pues se ha de tratar de historia, no de fábula.» Comienza con un Prefacio de bastante interés; siguen el Argumento y Prólogo, ambos en verso jámbico, parodiando á los dramáticos latinos antiguos, y va después la comedia, en diálogo continuado sin división de actos. Considerada bajo el punto de vista de la forma, representa un trabajo notable, ya por la facilidad con que están dialogadas las escenas, ya por la propiedad y conocimiento de la lengua, en la cual manifiesta un marcado progreso con relación á los escritos de esos últimos tiempos de la edad media. En cuanto al fondo, bastará, para formar idea, un extracto del Argumento que le precede, y es como sigue:

Desconfiando el rey moro del estado de sus asuntos celebra consejo. Llega un embajador turco ofreciendo que el emperador invadiría la Sicilia: cobra

aliento Boabdil y dispone un espléndido banquete; pero turba su alegría un explorador que anuncia el propósito del rey cristiano de atacar inmediatamente la ciudad. Nuevamente reponen su ánimo cartas que recibe del rey de África prometiendo considerables auxilios, y en su vista, envía un ejército que contenga el ímpetu de los enemigos. Finalmente, aterrorizado por un sueño de su mujer, derrotadas sus tropas, y perdida toda esperanza, se ampara de la clemencia del adversario, entregándose él mismo con la ciudad. Fernando é Isabel coronados de gloria se apoderan de Granada y del reino.

Termina el texto con la siguiente nota: «Se representó en las fiestas de Roma, ocupando la silla de San Pedro Inocencio octavo, año del nacimiento del Salvador MCCCCXCII día undécimo de las calendas de Mayo.» Merece notarse la rapidez desarrollada en tan corto espacio de tiempo como media desde el 2 de Enero al 21 de Abril, durante el cual fué necesario que la noticia llegase á Roma desde Granada, que el drama se escribiera y se ensayase, y que estuviera construido el teatro.

Tratemos ya del autor. De la dedicatoria al cardenal Rafael Riario resulta que se llamaba *Carlos Vetardo* de Cesena, y que era cubiculario pontificio; pero encuentro algunos datos más en la *Storia critica de' Teatri* de Signorelli (Nápoles 1788); el cual afirma: que nació en 1440 y murió en el año 1500: que fué arcediano en Cesena su patria: camarero y secretario de Breves de los pontífices Paulo II, Sixto IV, Inocencio

VIII y Alejandro VI, y que compuso dos dramas, los cuales solamente se representaron en Roma. El uno es el que da motivo á las presentes consideraciones, el otro lo hizo con ocasión del atentado cometido en Barcelona, en 7 de Diciembre del 92, que puso en peligro la vida de Fernando el Católico, y del cual no me ocupo por ser ajeno á mi propósito.

Dice Verardo en el Prefacio, que cuando llegó á Roma el deseado mensajero, con la noticia de la toma de Granada por los cristianísimos é invictísimos reyes, no pudo contenerse sin tomar la pluma, y encomendar á lo escrito la parte principal al menos de aquel glorioso acontecimiento, á lo cual lo animaban, dice también, el mismo Pontífice, el Senado apostólico y el pueblo romano, que cada cual á su modo demostraba transportado de júbilo las señales de su alegría. Entonces concibió el plan de exponer los hechos de manera que pudiese el público percibirlos no solamente por los oidos, sino tambien por los ojos, y guiado de este pensamiento, exclama en el referido Prefacio: á tí, ilustrísimo cardenal, á quien todo lo debo, dediqué la obra; á tu penetrante juicio la sometí para que la corrigieses: tú la aprobaste, y ordenando al punto que se levantase un teatro en tu magnífico palacio, cuidaste de que se ensayase y ejecutase. Y con tal interés y atención fué recibida por los nobles y por el pueblo; tanto fué el favor y los aplausos concedidos, que todos confesaron que era lo más divertido y agradable que pudo ofrecerse á sus oidos y á su vista.

Aparte de las anteriores indicaciones que apunto, pertinentes á la comedia, insistiré finalmente, tomándolo tambien del Prefacio, en que fué verdaderamente extraordinario el entusiasmo del pueblo de Roma en punto á celebrar la conquista de Granada. Suntuosas fiestas de iglesia, iluminaciones, juegos en las plazas públicas, torneos á la usanza morisca y de la edad media, y hasta el propio cardenal Riario costeó un magnífico carro donde se representaba el triunfo de los Reyes Católicos sobre Boabdil. Y todavía, para que nada faltase á tan repetidas expansiones de júbilo, hubo corridas de toros, á los cuales mataban «jóvenes ligeros con dardos ó con espadas».

JUAN F. RIAÑO.





RESEÑA HISTÓRICA

DE LA CONQUISTA DEL REINO DE GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS, SEGÚN LOS CRONISTAS ÁRABES. (1)

La decadencia á que había llegado el estado granadino en los días que precedieron al advenimiento al trono del Emir Abulhásan Alí, era señal cierta de su próximo acabamiento y ruina. La cólera de Dios, justamente indignado por las abominaciones y peca-

---

(1) Los cronistas árabes, de que me he servido para la redacción de esta *Reseña*, son el autor anónimo del libro intitulado *Narraciones de la época sobre la extinción de la dinastía nazarita*, Ms. de la Biblioteca del Escorial, de que me comunicó una copia mi excelente amigo el Dr. Simonet, y Ahmed ben Mohammed Almaccarí. La obra del primero fué dada á la estampa en Munich, en 1863, por Marcos José Müller, acompañada de una versión alemana. El texto árabe del segundo se publicó en Leiden allá por los años de 1858 y 59, por los orientalistas Khrel,

dos de los musulmanes, se cernía sobre sus cabezas, amenazándoles con ejemplares y tremendos castigos. Á dar crédito á los historiadores de Granada, muchos fueron los avisos que recibieron sus habitantes de no estar lejano el día en que las armas cristianas se apoderasen del último baluarte de su dominación en España. Refiere Almaccarí haber leido una vez en un escrito autógrafo del literato, secretario, hafiz y cronista Abu Abdallah Mahommed, hijo de el-Haddaḍ, natural de Guadix, residente en Tlemecen, lo siguiente, de cuya veracidad testifica: Me contó el alfaquí, el justo Sidi Hásan, hijo del alcaide y general, el muy ilustre Sidi Ibrahim al-Arráf, que presenció el derribo del talismán conocido por el *Gallo de los Vientos,* colocado en la parte más alta de la Alcazaba Cadima de Granada, con motivo de las reparaciones que iban á hacerse: yo lo ví con mis propios ojos: era de siete metales y tenía la siguiente inscripción en verso: «El palacio de la hermosa Granada es digno de consideración. Su talismán da vueltas según las vicisitudes del tiempo. El viento rige á su ginete, á pesar de su solidez, mas no sin misterios, porque en verdad, despues de subsistir breve tiempo, lo azotará un infortunio que destruirá al palacio y á su dueño.»

Wright, Dozy y Dugat, con el título de *Analectes sur l' histoire et la literature des Arabes d' Espagne.* La parte puramente histórica de esta obra había sido años antes traducida al inglés por D. Pascual Gayangos, con el título *The history of the Mohammedan Dynasties in Spain.*

Luego que el Emir Abulhásan Alí se enseñoreó de Andalucía, todos le prestaron obediencia, no quedándole en él un solo rebelde. Sucedió esto, sin embargo, después de las alteraciones y revueltas que tuvo con su padre, y muerto este con sus alcaides, los cuales, aspirando á alzarse con la autoridad real, habían anulado hasta tal punto al Emir, que no llegó á quedarle de ella más que el nombre. No compadeciéndose esta usurpación con su natural altivo y arrogante, resolvió sacudir yugo tan afrentoso; pero al poner su pensamiento por obra, se le rebelaron muchos de sus alcaides, y, secundados por algunos capitanes cristianos, proclamaron á su hermano menor, Abu Abdallah Mohammad ben Saád, apellidado el Zagal. Encendióse con esto el fuego de la guerra civil. En circunstancias tan críticas hizo Abulhásan un llamamiento á su pueblo, ofreciendo á cuantos acudieran á su voz mejorar su condición, guardar las leyes, velar por los intereses del estado y procurar el mayor lustre de la religión. Á este llamamiento del Emir respondieron sus vasallos, chicos y grandes, y alistados bajo sus banderas, lograron, tras porfiados y reñidos combates, dominar la revuelta. Contribuyó grandemente á esto la sumisión de su hermano el Zagal, el cual, habiendo logrado escaparse de las garras de sus alcaides, se presentó en el campo del Emir. Desconcertados con esto, se hicieron fuertes los rebeldes en Málaga, pero habiéndose levantando la población en armas y proclamado á Abulhásan, cayeron aquellos en sus manos y fueron decapitados.

Con tan próspero suceso quedó la Andalucía limpia de enemigos. Asegurado en su trono y solícito de dar gentil empleo á su caracter emprendedor y belicoso, convirtió sus armas contra los infieles, apoderándose de muchos de sus castillos y fortalezas. Estas brillantes cuanto afortunadas empresas, no distrajeron su ánimo de mirar por la prosperidad y grandeza de su pueblo. Fiel cumplidor de sus promesas, hizo resplandecer la justicia, reparó las fortalezas, acrecentó el ejército y se hizo temer de los infieles, con los cuales ajustó paces por mar y tierra. Acrecentóse con esto el bienestar público; multiplicáronse las subsistencias; abaratáronse los mantenimientos y la seguridad en las personas y haciendas fué general en todo el reino. Finalmente, acuñó moneda de buena ley.

Habiéndose aumentado considerablemente el ejército, resolvió Abulhásan pasar una gran revista, á fin de que, viendo el pueblo su brillante estado, quedaran justificados á sus ojos los nuevos tributos que proyectaba imponerle. Á este efecto dispuso que el alarde tuviera lugar en la Alhambra, en el sitio conocido por la Tabla (1), situado delante de la puerta de

(1) La *Tabla* era un sitio al aire libre en la Alhambra, frontero á la torre de los Siete Suelos, donde se celebraban juegos de caballeros y luchas de fieras. Léese en Aben Aljatib: «Mi dicho en loor del Sultán, cuando dispuso para celebrar la circuncisión de su hijo, que los caballeros disparasen (sus bohordos ó venablos) sobre discos de madera, cuya superficie, por ser plana, se llamaba la *tabla,* y que se trajesen de la tierra de Allan perros feroces y robustos, que se arrojaban sobre toros muy bra-

Algodor (1) (Puerta de los pozos ó cisternas), y llamando á sus alarifes les mandó construir un pabellón, desde el cual pudiera presenciar el desfile. Demás de esto hizo reparar los caminos y allanar el campo en que había de maniobrar la caballería.

Convocados todos los guerreros del reino, diose comienzo á la revista el domingo 19 de Dulhicha del año 882 (24 de Marzo de 1478). Tenían por costumbre los granadinos, hombres, mujeres y niños, ir cuotidianamente á recrearse á la Asabíca (2) y alrede-

---

vos y, haciendo presa en sus orejas, facilitaban á los hombres el apoderarse de ellos, con otros varios juegos y lances que se usaban en semejantes fiestas». V. *Autobiografía* de Aben Aljatib, Cód. Escurialense, p. 441, apud Müller, *Die Letzen zeiten von Granada*, n. á la p. 106.

(1) Es la puerta cerrada que hay sobre la torre de los Siete Suelos.

(2) La *Asabíca*, lugar de que hacen frecuente mención los poetas y cronistas árabes, era el nombre del monte en que está situada la Alhambra y del valle que se extendía desde la puerta de *Bib-Gárnata*, *Bib-Yacúb* ó *Bib-Leuxar* (que todos estos nombres tuvo en tiempo de moros la que es hoy conocida por Puerta de las Granadas) hasta la huerta del Generalife. Lindaba por el Mediodía con el Sened Maurór (Torres Bermejas) y el Ahabul del Neched (Campo de los Mártires.) Según Aben Aljatib (*Íhata, cód.* de la Biblioteca Nacional, p. 357), en lo alto de la Asabíca se hallaba situada la vieja mezquita que sirvió de mausoleo desde Mohamed I, fundador de la dinastía Nazarita, á la mayor parte de los sultanes sus sucesores. Este valle de la Asabíca fué el palenque donde, en el siglo IX, fueron derrotados con atroz matanza los cristianos y muladíes de Elvira por Saguar Ben Handun Alcaisí en aquellos dos famosos combates conocidos por las batallas de la Almedina (V. Aben Hayán, apud

dores de la Alhambra. Todos los caballeros de Andalucía, así los del Algarbe, como los de la Ajarquía, habían acudido á la convocatoria del Emir. Diariamente pasaba revista una taifa, terminándose la de todo el ejército el 22 de Moharram de 883, que corresponde al mes de Abril de los cristianos (24 de Abril de 1478). En este alarde hicieron ostentación de sus brillantes galas todos los caballeros, aderezados, como iban, de bruñidas armaduras de acero, de lujosas sobrevestas de seda, ginetes sobre poderosos corceles ricamente paramentados y luciendo sus primorosas espadas, lanzas y adargas, incrustadas de plata y oro. Como día de gran fiesta y solemnidad se había reunido gran muchedumbre en la Asabíca de la Alhambra, así de la ciudad, como de las alquerías de su alfoz. Á medida que desfilaban los caballeros, se formaban en la Asabíca. Á eso del medio día dispuso Dios que pareciese una gran nube, la cual, acompañada de truenos y relámpagos, se extendió por la Asa-

Aben Alabar, *Holatu Siyara),* y donde más tarde en una sorpresa nocturna fué acuchillada la caballería de Aben Hamusco por la de Abdelmumen, sultán de los Almohades. Vid Aben Alatir en su *Alcamel,* apud Tomberg, *Cartás,* tom. II, p. 418. En los últimos tiempos del reino árabe granadino era la Asabíca un vasto campo frecuentado por el pueblo, en el que tenían lugar los alardes ó revistas militares y donde los caballeros solían ventilar en trance de armas sus agravios. La mezquita y mausoleo de los reyes nazaritas quedaron destruidos luego que por concesión de los reyes Católicos trasladó Boabdil los cadáveres de los sultanes, sus antepasados, á la rauda ó cementerio real de la fortaleza de Mondujar, situada en el Valle de Lecrín.

bíca y lugares circunvecinos y, abriendo sus cataratas se desató en torrentes caudalosos que invadieron las calles, atajando el paso á la multitud. Los clamores y llantos de las mujeres y de los niños y los gritos de los hombres ensordecían el aire. Creció el río Darro con tan copiosa avenida que arrancó de cuajo los olmos, almeces, almendros y otros árboles corpulentos que arraigaban en sus riberas. Desbordóse la avenida por la ciudad, arrastrando entre sus impetuosas corrientes todas las casas, tiendas, mezquitas y alhóndigas situadas en sus orillas. Los más sólidos edificios se desplomaron, no dejando de los puentes más que el arranque de sus arcos. Aglomerados los árboles, arrastrados por el torrente, en el centro de la ciudad, cegaron la luz de otro de los puentes, y, obstruido el curso de las aguas, se vieron sus habitantes á pique de perecer, pues invadieron la Tachára (el Comercio) y la Alcaicería, muchas de cuyas tiendas fueron anegadas, llegando hasta la plaza de la gran Mezquita y al Carraquín (los zapateros) y á la Asaga (los plateros) y al Haddadín (los herreros) y á otras plazas y habitaciones. Por último, Dios se apiadó de Granada y de sus moradores, y abriéndose paso las aguas por puentes y muros salieron de la ciudad.

Por aquel tiempo se suscitaron enemistades y querellas entre los nobles castellanos. Quién se alzó con el reino de Córdoba, quién con el de Sevilla, quién con el de Jerez. Pero no se aprovechó el Emir Abulhásan de estas disensiones y revueltas, porque desde el funesto día de la inundación se vió declinar su po-

der. Encenagado en los deleites, entregado á la continua á las mujeres y á las zambras, dejó la administración del reino en manos de sus alguaciles; desatendió los negocios de estado y dió lugar á que se corrompiera el ejército y perdiera su disciplina y valor. Hasta tal punto llegó su retraimiento, que ni aun siquiera se dejaba ver de su pueblo. En cambio sobrecargó los impuestos, hizo nuevas y onerosísimas derramas, aumentó los tributos de los mercados y su desenfrenada codicia le hizo apoderarse de la hacienda de sus súbditos.

Este su afán de allegar riquezas contra toda ley y fuero, en contraste con su mezquindad, rayana en tacañería, produjo sus naturales frutos. Todos hablaban mal de él, censurando públicamente sus desmanes y administración desastrosa. Tenía el Emir entre sus alguaciles uno tan identificado con él que, haciendo á todos rostro de benevolencia y moderación, venía luego con sus hechos á desmentir lo que declaraba su lengua (1).

Hallábase casado el Emir Abulhásan Alí con una hija de su tío el Emir Alaisar, en la cual había tenido dos hijos, Mohammed y Yúsuf. Pues entre sus otras liviandades y torpezas cometió la de preferir á su mujer una esclava cristiana, que le decían Zoraya, por quien había mostrado en todo tiempo singular predilección. Rifado el seso por ella, cortó toda rela-

(1) Parece que este alguacil debió ser Abul Casim Venegas. V. Bernaldez, *Hist. de los Reyes Católicas*, cap. 56.

ción con la hija de su tío y con sus hijos. Llena de celos la infeliz princesa, cuya dignidad no podía aguantar en paciencia aquella humillación, hizo blanco de su justo enojo á la favorita, suscitándose entre ambas enconadas querellas, que trascendiendo á la córte la dividieron en dos enemigos é irreconciliables bandos, de los cuales el uno se puso de parte del rey, de Zoraya y de sus hijos, y el otro de la Horra Aija y de los suyos. Prolongóse este estado de cosas por mucho tiempo, durante el cual la infeliz princesa estuvo presa de sobresaltos mortales, pues, conociendo la iracunda y arrebatada condición de su marido y el ascendiente que sobre él tenía la esclava cristiana, andaba temerosa por la vida de sus hijos.

Mientras tanto, engolfado Abulhásan cada vez más en los placeres, seguía su alguacil en el desgobierno del reino, decretando nuevos pechos y haciendo objeto de su rapacidad los bienes del pueblo. Llegó á tener tan en menos á los hombres más esforzados y valerosos del ejército, que concluyó por suprimirles los sueldos, con lo que, exhaustos de todo recurso, se vieron en el duro trance de apelar para comer á la venta de sus armas y caballos. Y como este proceder desatentado y loco había de dar por fuerza margen á murmuraciones y censuras, cortándolas de raiz, mandó matar el Emir á muchos varones de dirección y consejo y á los arraeces y caballeros más ilustres del reino. Forjábanse el Emir Abulhásan y su alguacil la ilusión de que, en guerra á la sazón los cristianos los unos con los otros, no había de llegar el día

en que hubiesen menester del arrimo y ayuda de aquellos nobles cuanto infortunados caballeros, sacrificados en hora menguada á su recelo y temor. No hay que decir con esto la deplorable situación en que se encontraba el ejército y la penosísima del pueblo, esquilmado por las gabelas y tributos destinados á fomentar la crónica liviandad del sultán.

Durante estos sucesos, terminadas las alteraciones del reino, ocupó tranquilamente su trono el monarca de Castilla, y reconocida su autoridad por los nobles, que le habían hecho la guerra, se halló en estado de volver las armas contra los musulmanes. Al tanto de los acontecimientos de la córte granadina, esperaban los cristianos la terminación de la tregua para romper las hostilidades. Ganoso de conjurar esta tormenta y considerando que gran parte de la culpa de lo que pasaba, correspondía al mal gobierno del alguacil, privado del soberano granadino, acudió el pueblo al Emir Abulhásan en queja de su arbitrariedad y tiranía, y como el mal aconsejado príncipe se desentendiese de ella, llegó tan á su colmo el descontento de sus súbditos, que pidieron la destitución del alguacil y la de sus adherentes, principales dignatarios del reino. Tenaz y terco en sus resoluciones, esta nueva petición corrió la suerte de la primera.

Llegó en esto la terminación de la tregua y con ella la noticia de que los cristianos, capitaneados por el Señor de Cádiz (1), se habían apoderado de Alhama.

---

(1) D. Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz.

Ocurrió este suceso en la noche del 9 de Moharram, año de 887 (28 de Febrero de 1482), hora en que los habitantes se hallaban entregados al sueño y estaba desamparada la alcazaba, en la cual solo se encontraba á la sazón la familia del alcaide. Apoderados los cristianos de la fortaleza, descendieron espada en mano á la ciudad y derramándose por calles y plazas, llevaron á todas partes el cautiverio y la muerte.

Cuando la noticia de este desastre llegó á Granada, alborotóse la ciudad y en un pensamiento todos exclamaban: «Después de esta calamidad, no es posible sobrellevar la vida: corramos á libertar á nuestros hermanos ó á morir por ellos». Dada cuenta al Emir y á su alguacil de esta resolución y considerando la debilidad de sus fuerzas para acometer empresa semejante, idearon trazas para disuadirles de su intento, diciéndoles que ante todo había que hacerse de armamento y allegar cuanto era menester para la guerra. Pero firme el pueblo en su actitud, inclinó al cabo el ánimo de aquellos á emprender la expedición.

Al llegar la vanguardia del ejército cerca de Alhama vieron los musulmanes que los cristianos, cuyo número entre caballeros y peones no bajaba de diez mil, habían salido de la ciudad con los hombres, mujeres y niños que habian cautivado y gran cantidad de acémilas, cargadas de rico botín, con ánimo de regresar á su tierra. Pero cuando divisaron á la caballería musulmana y vieron que se les echaba encima, arrojaron al suelo las cargas y volviéndose apresuradamente á la ciudad, se hicieron fuertes en sus muros.

[illegible]

[illegible] esperando la entrada en la ciudad, que [illegible] les ofrece el alguacil, diciéndoles

LÁMINA II



Torre de la Vela

-tipia J. Thomás & Comp.ª—Barcelona.

Trabada la acción, embistieron los muslimes con valor y esfuerzo heróico á los sitiados, logrando, tras cuatro sucesivos asaltos, penetrar en la ciudad por una de las puertas, que rompieron y quemaron. Ya habían escalado el muro, cuando recibieron del Emir y su alguacil la orden de retirada. Y como se negasen á obedecer, decíanles aquellos: «La noche se ha entrado sobre nosotros; pero mañana al despuntar el día penetraremos en la ciudad». Suspendido el asalto, se retiraron los musulmanes á sus tiendas. Mientras tanto los cristianos pasaron la noche adobando sus defensas, asegurando sus posiciones y tapando sus portillos. Cuando amaneció y repararon los sitiadores que la muralla se encontraba en distinto estado de fortaleza de como la habían dejado la víspera, comprendieron que el tomarla por asalto era empresa temeraria. En su vista adoptaron la resolución de bloquear la ciudad y mantenerla en apretado cerco. Aumentáronse en tanto las fuerzas sitiadoras con los refuerzos de infantería y caballería, que les vinieron de Granada y de toda Andalucía, en términos de llegarse á reunir un grande ejército. Para su mantenimiento y sostén se abrieron mercados en los cuales se encontraba en abundancia toda suerte de provisiones. Prosiguióse el cerco con gran vigor; cortóse á los sitiados el agua y la leña, vedándoles la entrada y salida de Alhama. Veíase á los sitiadores llenos de entusiasmo, activos y resueltos, esforzados y valientes, esperando la entrada en la ciudad, que repetidamente les ofrecía el alguacil, diciéndoles:

LÁMINA II



Torre de la Vela

Fototipia J. Thomás & Comp.ª—Barcelona.

«Muy luego el hambre les hará caer en nuestras manos». Pero no tardaron estas promesas en descubrir su falacía. Las murmuraciones y sospechas se hicieron generales y no había uno en el campamento que no acusase de traición al Emir y á su ministro. En tan comprometida situación forjaron estos la especie de que habían recibido nuevas de uno de sus parciales, morador en tierra del infiel, en que les participaba que el rey de los cristianos con un grande ejército iba en auxilio de los sitiados y que, debiendo parecer de una hora á otra, no les era dable contrarrestar sus fuerzas. Estas noticias produjeron el pánico entre los sitiadores, los cuales, obedeciendo la orden del alguacil, levantaron el cerco y tomados de dolor, de desesperación y de tristeza volvieron á sus hogares.

Reforzada la guarnición de Alhama por el ejército cristiano, mandado por el Señor de Sevilla (1), celebraron consejo sus capitanes sobre el partido que les convenía tomar, si el de abandonarla ó mantenerse en ella. Decididos por lo último, repararon sus fortificaciones y la abastecieron de cuanto necesitaba. Después de distribuir el botín, regresó á sus estados el Señor de Sevilla.

Pasado algún tiempo tornaron los musulmanes á poner apretado cerco á Alhama, y deseando ardientemente apoderarse de ella, escalaron un sitio del muro desguarnecido por los cristianos. Pero se frustró

(1) D. Enrique de Guzmán, Duque de Medina-Sidonia.

su ventura; porque, apercibidos estos, acudieron en gran número contra los asaltantes, á los cuales pasaron á cuchillo, precipitando á muchos desde lo más alto de la montaña en que está situada la ciudad. La mayor parte de las víctimas eran de Baza y de Guadix.

En el mes de Chumada 1.ª del mismo año se supo que el rey de Castilla había entrado en territorio musulmán á la cabeza de una numerosa hueste, sin detenerse ni poner cerco á ninguna plaza. Reuniéronse los habitantes de Granada, preguntándose los unos á los otros cuál sería la intención del enemigo; pero muy en breve llegaron nuevas de que el rey de Castilla había parecido delante de Loja y asentado ante sus muros su campamento con el propósito de apoderarse de ella. En vista de esto salió de Granada hacia aquella parte el ejército musulmán con abundantes bastimentos, y acometiendo á los cristianos, los derrotaron, apoderándose de sus grandes piezas de artillería. Nuevas fuerzas musulmanas, mandadas aquella noche por el Emir Abulhásan, vinieron á reforzar á los defensores de Loja y, habiendo retado á los cristianos á nueva batalla, los volvieron á derrotar con gran matanza, dejando en manos de los granadinos sus tiendas de campaña, copiosos víveres, su artillería y una gran cantidad de pólvora. Tuvo lugar esta victoria el 27 de Chumada 1.ª del año 887 (15 de Julio de 1482).

En este día llegaron nuevas á Loja de que Abu Abdallah Mohammed y Abulhachách Yúsuf, temerosos de que el sultán Abulhásan, su padre, de condi-

ción arrebatada é irascible, les quitase la vida por sugestión de su concubina, la cristiana Zoraya, se habían escapado de la Alcazaba durante la noche, de acuerdo con su madre y ayudados de sus parciales, y refugiádose en Guadix, donde habían sido proclamados, ejemplo que siguieron Almería, Baza y Granada.

Influyó grandemente este suceso para hacer más cruda la guerra civil, pues el odio y encono entre ambos bandos llegaron hasta el punto de matar Abulhásan á su propio hijo Yúsuf.

Alzada Granada por el Emir Abu Abdallah, huyó su padre el Emir Abulhásan á Málaga.

En el mes de Safar del año 888 (Marzo-Abril de 1483) reunieron los arraeces cristianos y condes de la frontera una hueste de cerca de 8.000 hombres, capitaneados por los Sres. de Sevilla, Jeréz, Ecija, Antequera y otros lugares, tomando la dirección de la *Cora* ó distrito de Málaga y Vélez. No obstante esto, no consiguieron reducir ninguna fortaleza, antes bien, habiéndose metido en los desfiladeros, angosturas y barrancos de las montañas, fueron atacados por los habitantes de aquellos parajes, quienes, haciendo en ellos gran matanza, los fueron persiguiendo y acuchillando hasta cerca de Málaga, donde habiéndoles salido al encuentro el Emir Mohammed ben Saád, que había quedado en aquella ciudad con parte del ejército de su hermano Abulhásan, al retirarse este á Almuñecar, acabó de poner en dispersión al ejército cristiano, cogiendo gran número de prisioneros. Llegó en esta brillante jornada el número de los infie-

les muertos á 3.000 y á 2.000 el de los cautivos, contándose entre estos un tío materno del rey, los señores de Sevilla, Jeréz y Antequera y sobre 30 de los primeros nobles de Castilla. El botín cogido en esta ocasión por los musulmanes en plata, oro, preseas, armas y caballos fué considerable. Trasportado á Málaga para distribuirlo entre los que habían tomado parte en la acción, cayó en manos de los inicuos y nadie recibió nada. Tuvo lugar este hecho de armas el día 11 de Safar del mismo año (21 de Marzo de 1483.) A fines del propio mes (Abril de 1483) la gente de Málaga invadió el territorio cristiano; pero sufrió una gran derrota, en la cual perdieron la vida la mayor parte de los jefes del Algarbe andaluz.

Cuando el sultán Abu Abdallah, hijo del sultán Abulhásan, se vió firmemente sentado en el trono de Granada y sometidas á su autoridad todas las ciudades del reino, sin más excepción que Málaga y el Algarbe, quiso hacerse dueño de estos distritos y con noticia de la marcha de su padre hacia Almuñecar, saliole al encuentro con gente de Granada y de la parte oriental de sus estados y habiéndole encontrado cerca de un lugar, llamado Addab, sufrió un fuerte descalabro, que le obligó á regresar á la capital de sus estados.

Estimulado el sultán Abu Abdallah por los despojos alcanzados por su tío en la rota de los cristianos, penetró en territorio infiel con las tropas de Granada y de la Ajarquía en el mes de Rebí 1.ª del mismo año (Abril-Mayo de 1483), llegando á los al-

rededores de Lucena, matando, cautivando y recogiendo rico botín. Pero habiendo acudido los infieles de los distritos comarcanos y cerrádole los pasos de la montaña, que comunicaban con su reino, á pesar de sus cortas huestes, fueron completamente derrotados los musulmanes, perdiendo la mayor parte la vida y cayendo en cautiverio los restantes (1). Hallabase entre estos el mismo sultán, el cual, aunque al principio nadie supo quien era, vino al cabo á ser reco-

(1) Murieron en esta desastrosa jornada, según relación de los mismos prisioneros, los alcaides Yúsuf Abdilbar, Alguacil mayor de Granada, el Alatar, alcaide de Loja, señor de Sagra, cabecera mayor del reino y suegro de Boabdil, como casado con su hija Moraima ó Mariquita (la Horra ó sultana era hija de Mohammed el Ahnaf, como se lee en Hernando de Baeza); el alcaide del Soto, el alcaide Mohamed el Valencí, el alcaide Monfarrax, pariente del rey, el alcaide Abrahem Aben Comixa, el alcaide Mohamed Abdilbar, primo del alguacil mayor, el alcaide Zarcal, el alcaide Zeyan, el alcaide Gairalla, hermano del alcaide Fotoh, el alcaide Mohamed el Geril y el alcaide Yúsuf el Cortobí. Entre los cautivos se contaron Muley Saád, pariente del rey, el alcaide Mahomed Fotoh, el alcaide Mohamed ben Reduan, mayordomo mayor del sultán de Granada, el alcaide Mohamed ben Cerrach, el alcaide Hamet ben Zulema, el alcaide Alboray y otros, que por no ser cabeceras se ocultaron sus nombres. V. *Hist. de la Casa de Córdoba,* Ms.de la Biblioteca Nacional, Y. 40, folio 120 vuelto. Cayeron en poder de los cristianos en aquella rota memorable 22 banderas: las 21 de Boabdil y de los diversos barrios de la ciudad de Granada y una del Alatar de Loja. Guardadas en la torre de los Arqueros del castillo de Baeza, el 23 de Abril de todos los años, día de San Jorge, que fué el de la batalla, se sacaban en procesión

nocido por el Sr. de Lucena, á cuya ciudad fué llevado con los otros prisioneros y el botín cogido en la batalla. El autor anónimo difiere de Almaccari en esto, pues dice que fué el mismo sultán quien se dió á conocer, y que en el momento mismo se le puso aparte de sus compañeros de infortunio, tratándole con todo miramiento y respeto.

Noticioso el Sr. de Lucena (1) que el de Cabra (2) quería apoderarse del cautivo, aprovechando la oscuridad de la noche salió con él de la fortaleza de Lucena y lo llevó al rey de Castilla, el cual, reconocido á tan señalado servicio, que le allanaba el camino para hacerse dueño de la tierra musulmana, lo elevó á la más alta dignidad entre sus capitanes y aun le confió en adelante alguna empresa de cuenta.

Cuando los grandes de Granada y los jefes de Andalucía supieron el cautiverio del sultán Abu Abdallah, marcharon á Málaga á ofrecer el trono á su padre el Emir Abulhásan Alí ben Saád, con el que regresaron á la capital; pero afectado el viejo sultán de una enfermedad, semejante á la epilepsia, que lo había dejado ciego, renunció la corona en su hermano el Zagal y se retiró á Almuñecar, donde murió al cabo de poco tiempo. El autor anónimo también discrepa en esto de Almaccari, pues dice que el sultán

---

abatidas ante el pendón del conde de Cabra, en cuyo archivo se conservaba un libro en que estaban puntualmente pintadas con sus propios colores y matices. V. op. cit., fol. 120 v.°

(1) El Alcaide de los Donceles.

(2) El Conde de Cabra.

Abulhásan fué depuesto del trono por su hermano y conducido á la ciudad de Almuñecar, donde falleció.

Á pesar de estos acontecimientos y de continuar en su cautiverio el Emir Abu Abdallah, ni cesó la guerra civil en sus estados, ni el enemigo de ampliar sus conquistas.

En el mes de Rebí 2.ª del año 890 (Abril-Mayo de 1485) invadieron los cristianos el Algarbe andaluz apoderándose de los castillos de Cártama y Coín, como en año anterior lo habían hecho de los de Almara y Setenil. Acaeció en la toma de Coín que, habiendo penetrado en su recinto por asalto como mil hombres de armas, cayó sobre ellos de improviso un cuerpo considerable de musulmánes, que procedentes de los distritos occidentales y de Ronda se hallaban en la fortaleza, y los pasaron á cuchillo. Á pesar de esto tuvo la guarnición que capitular y evacuar la plaza.

En el mes de Chumada 1.ª del mismo año (Mayo-Junio de 1485) sitiaron los cristianos á Ronda, cuyos habitantes habian ido en socorro de Coin y otras fortalezas, y habiéndola bloqueado y destruido con su artillería parte de sus muros, pidió capitulación.

Con la toma de Ronda se sometieron á los cristianos sin resistencia todos los lugares adyacentes, de suerte que no quedó en el Algarbe de Málaga quien no reconociera la soberanía del rey infiel, el cual, luego de distribuir sus fuerzas en las fortalezas conquistadas, se retiró á sus estados.

Sabedor el Emir Mohammed ben Saád que el ene-

migo amenazaba al castillo de Moclín, se dirigió á él secretamente el 19 del mes de Xabán del año antes citado (31 de Agosto) con su ejército y la gente de Granada, á fin de reparar la parte de sus muros que se hallaba destruida. Estando en él recibió el Emir nuevas de que el enemigo había salido en aquella dirección. Con efecto, al declinar el día echaron de ver los musulmanes hacia tierras de Alcalá una nube de polvo, producida por las huestes cristianas. Sin parar mientes en esto, ni el Emir ni su alguacil tomaron las precauciones que la estrategia aconseja en tales casos, poniendo avanzadas á distancia conveniente. Con el mayor descuido pasó el ejército musulmán la noche del 22 de Xabán (3 de Septiembre), cuando al romper del día de la siguiente mañana se vió inopinadamente revuelto con el de los cristianos, con tanta sorpresa suya como de estos, que, sin sospechar estuviesen allí los granadinos, habían caminado durante la noche para caer al alba sobre el castillo. Al encontrarse los dos ejércitos se levantó gran gritería y clamoreo y los cristianos hicieron resonar sus tambores y trompetas, dispararon su artillería y se trabó el combate con tanto empuje y arrojo por su parte, que llegaron hasta la tienda del Emir con ánimo de hacer presa en él. Pero Dios mantuvo firmes á los musulmanes, y resistiendo denodadamente el empuje del enemigo, rodearon la tienda de su soberano é implorando la gracia de Dios murieron muchos heróicamente en su defensa. Duró la lucha breves momentos, siendo al cabo vencidos y puestos en disper-

sión los cristianos y perseguidos por los musulmanes, que les causaron gran número de muertos. Cesaron luego, sin embargo, en la persecución, temerosos de encontrarse con el núcleo del ejército enemigo, que se hallaba cerca de Moclín con ánimo de atacarlo y apoderarse del castillo, pues la parte de él que acababa de ser derrotada, era solo su vanguardia, que se había adelantado con municiones, artillería, pólvora, segures y otras cosas, todo lo cual cayó en manos de los musulmanes, quienes en la tarde de aquel día, ufanos de la victoria y agradecidos á Dios por la ayuda que les había prestado, regresaron á Granada, á donde llegaron ya de noche. Fué esta jornada de las más señaladas victorias. Dice el narrador, Dios le haya perdonado; me contó un noble caballero de los más bizarros y valientes: «Hallábame al frente de los caballeros que perseguían á los cristianos, cuando, adelantándome en cierta dirección, encontré á varios de ellos muertos, sin haber visto que nadie me precediera ni podido sospechar quién pudo quitarles la vida.»

Después de esta batalla nada de nuevo ocurrió hasta el mes de Ramadan (Sept.-Oct. de 1485), en que los cristianos pusieron sitio á Cambil, cuyos defensores, viendo que los enemigos, después de batir sus muros, habían penetrado en la plaza, pidieron capitulación y, acordada que les fué, salieron asegurados con sus hijos y haberes. Tras la toma de Cambil cayeron en poder de los cristianos muchos castillos, entre ellos los de Arenas, Mojácar, Hiznalloz,

Zalaha (Zalia), uno de los del distrito de Vélez, y otros, con lo que el rey cristiano estrechó de tal suerte y por todos lados el territorio musulmán, que no embestía fortaleza que no se le diera, ni llegaba á lugar que no se rindiera inmediatamente á sus armas.

No satisfecho con tan rápidos triunfos, empleó el rey de Castilla todos los recursos de su ingenio y todas sus estratagemas para subyugar el resto de Andalucía. Con este propósito dió libertad á su prisionero, el sultán Abu Abdallah, y habiéndole provisto de hombres y dinero y dádole un vestido de honor, prometió asistirle en todo lo que hubiese menester, asegurándole que cuantos volvieran á su devoción y entrasen en su obediencia, serían comprendidos en el tratado de tregua, paz y alianza ajustado con él. Con estas promesas, dirigióse el sultán Abu Abdallah á Velez-Málaga, y habiéndosele sometido esta ciudad, juntamente con los castillos de la Ajarquía, á quienes había brindado con la paz, mandó que se leyera en la plaza pública el tratado con el rey cristiano. Divulgada la noticia por el reino, los habitantes del Albaicín, uno de los arrabales de Granada, gente desinquieta y levantisca, amiga de disturbios y revueltas y apegada á los cristianos, se alzaron en su favor. Secundados por algunos malos ciudadanos y por otros, que, sin serlo, persuadidos de la postración del estado, suspiraban por la paz, levantaron el estandarte de la rebelión y proclamaron sultán de Granada al Emir Abu Abdallah. Las consecuencias de esta rebelión fueron la discordia y recrudecimiento de la guerra ci-

vil entre el Albaicín y Granada, cuyos habitantes asaltaron aquel arrabal con piedras y otros proyectiles desde lo alto de la Alcazaba Cadima, disparando contra sus moradores sus catapultas y artillería. Defendíanse estos bravamente esperando la llegada del Emir Abu Abdallah, que no dejaba de mandarles mensajeros desde la Ajarquía. Acaeció esta rebelión el día 3 de Rebí 1.ª del año 891 (9 Marzo de 1486) y duró hasta el jueves 10 de Chumada 1.ª siguiente (19 de Mayo de 1486).

Mientras ambas parcialidades se hacían la guerra y los del Albaicín esperaban la llegada del Emir Abu Abdallah, llegaron noticias á Granada de que éste había tomado posesión de Loja y que se mostraba dispuesto á ajustar paces con su tío el Zagal, que se hallaba en la Alhambra. Ofreció el Emir Abul Abdallah á su tío dejarlo en la quieta posesión del reino, sin más condición que la que le diese en feudo á Loja y otra ciudad cualquiera, á su grado, y que ambos serían en adelante una mano contra los enemigos de su fé. Mandó también á los del Albaicín un mensajero para darles cuenta de su resolución y hacerlos entrar en paz, como entraron, con su tío el Zagal.

Durante el curso de las negociaciones el rey cristiano se dirigió á Loja con poderoso ejército. Asistía al Emir Abu Abdallah un cuerpo de tropas, procedente del Albaicín, el cual, al saber su entrada en Loja, había ido á reunírsele y á cumplir á la vez los deberes de la guerra santa.

Receloso el pueblo de Granada y la gente de sus

cercanías que el sitio de Loja fuera un ardid del enemigo, no acudieron al socorro de la plaza. En el entretanto los cristianos apretaban el cerco con creciente rigor, comenzando á circular rumores alarmantes entre los sitiados de ser todo lo que pasaba asunto convenido entre el rey de Castilla y el Emir Abu Abdallah durante su cautiverio. Esto, la toma de uno de los arrabales por los cristianos, la destrucción por su artillería de parte de las murallas de la ciudad con muerte de sus más valientes defensores y el convencimiento de que Granada no había de acudirles, decidieron á sus habitantes á rendirse bajo el seguro de sus personas, hijos, caballos, armas, acémilas, con todo lo que pudieran llevarse, el 26 de Chumada 1.ª del año 891 (30 de Mayo de 1486).

Tomada Loja, muchos de sus habitantes se refugiaron en Granada: solo el Emir Abu Abdallah se quedó en ella, retenido por el rey cristiano con el propósito de someter por medio de él toda la Andalucía, circunstancia que persuadió á los granadinos de que su entrada en aquella ciudad no habia llevado otra mira que la de poner en posesion de ella al rey de Castilla en cumplimiento de lo pactado con él (1) y como precio del rescate.

Habiendo dejado un presidio en Loja, retiróse á sus estados el rey de Castilla con su cautivo el sultán.

A mediados de Chumada 2.ª del mismo año (18

(1) Y así parece ser la verdad, pues en las capitulaciones ajustadas en Córdoba por los emisarios de la reina Aija con el

de Junio de 1486) atacó el infiel el castillo de Elvira y habiendo demolido la artillería parte de sus muros, capituló su guarnición bajo el seguro de sus personas, acémilas, armas y ajuares y se fué á Granada. Trasladó después el enemigo su campamento á Moclín y sitiada su fortaleza, la combatió reciamente con su artillería y otros ingenios, entre los cuales figuraban unos que lanzaban globos de fuego, los cuales, elevándose en los aires, caian luego sobre el lugar, abrasándolo y destruyéndolo todo. Viendo esto los habitantes de Moclín, que se defendían con gran valor, y que las provisiones les iban escaseando, capitularon y se fueron á Granada bajo el seguro de sus personas y haciendas. Igual suerte corrieron los habitantes de Colomera, los cuales, en vista de lo que había sucedido con los castillos cercanos, entregaron el suyo sin resistencia. Lo propio acaeció á los de Montefrío, cuya fortaleza sitiaron los cristianos con apretado cerco, y habiendo sido incendiados sus depósitos, se vieron en el trance de capitular en evitación de mayores desastres. Tras de Montefrío tomaron los cristianos el castillo de Addahha. Inmediatamente después atacó el rey cristiano á Sagra, de que se apoderó, y habiéndose hecho dueño de otras fortalezas cercanas, las abaste-

---

rey Católico para obtener la libertad de Boabdil, se lee, que este procuraría ganar la ciudad de Loja en cualquier poder que estuviese, por estar mejor á sus Altezas para la defensa de Alhama el ser dueños de ella. V. *Hist. de la Casa de Córdoba,* Ms. Y. 40 de la Bibl. Nac. f.° 169 v.°

ció de hombres, víveres y artillería con el propósito de poner cerco á Granada. Tomó entónces el rey de Castilla la vuelta á su reino, acompañado de su prisionero, al cual puso á los pocos meses en libertad, mandándole salir á los castillos de la Ajarquía, como en efecto lo hizo, dirigiéndose á Velez, cuyos habitantes se declararon por él. Desde allí mandó un emisario á las poblaciones cercanas diciéndoles era portador de un tratado de paz con el rey cristiano y prometiendo á todo el que se le sometiera que no sería inquietado por las hostilidades del enemigo, según expresa condición del pacto que tenía en su poder, firmado por el monarca castellano, el cual, en garantía de su observancia, había empeñado su palabra. Pocos ó ningunos dieron fé á estas promesas, si se exceptúan los habitantes del arrabal del Albaicín, que inmediatamente se alzaron por Abu Abdallah, aceptando la paz que les ofrecía, convirtiéndose en sus defensores y aun denostando con impróperios é insultos á la gente de Granada, partidaria del Zagal, lo que fué parte para que se extremara la discórdia y rivalidad de ambos bandos.

No satisfechos con esto, escribieron los del Albaicín al Emir Abu Abdallah haciéndole saber que luego que se presentase entre ellos con el tratado de paz, todos se alzarían en su favor y le reconocerían por su soberano.

En vista de esto dejó Abu Abdallah la Ajarquía y entró secretamente en el Albaicín con algunos de los suyos, en quienes tenía más confianza, y cuando era

menos esperado, sin que llegara á apercibirse su tío el Zagal ni nadie de la ciudad, y habiéndose dado á conocer, mandó se leyera el convenio con el rey cristiano en las plazas públicas del arrabal, prometiendo seguridad y protección á cuantos abrazaran su causa.

El pueblo de Granada, con todo, recordando su artera conducta en Loja, no dió crédito á sus palabras y se negó á aceptar la paz con que le brindaba. Fué la entrada de Abu Abdallah en el Albaicín el 16 de Xawal del año 891 (15 de Septiembre de 1486).

Su tio el Zagal, que se hallaba á la sazón en la Alhambra, se retiró á la alcazaba y comenzó la guerra civil, siendo asistido el sultán Abu Abdallah por el rey de Castilla, su aliado, con hombres, artillería, plata y oro, víveres, pólvora y otras muchas cosas, hasta tal extremo que, fortalecido el brazo de la rebelión y acrecentado su poder, se renovaron las hostilidades y siguieron sin intermitencia con más fiereza y encarnizamiento que nunca.

Este estado de cosas se prolongó hasta el 27 de Moharram del año 892 (22 de Enero de 1487), en que el pueblo de Granada con su sultán á la cabeza resolvió tomar por asalto el Albaicín, habiendo declarado previamente los ulemas que todo el que se aliara con los cristianos ó favoreciese con su asistencia sus propósitos de sojuzgar el reino ó secundase los planes del Emir Abu Abdallah, sería reo de rebelión contra Dios y su Mensajero.

Adoptada la resolución de apoderarse por la fuerza de las armas del Albaicín, convocó el Zagal á los ha-

bitantes de Granada y sus alfoces y les dijo: «La sangre y la hacienda de esa gente os pertenecen, pues habiendo ayudado á los cristianos, no merecen más que la espada.» Llamó también á los habitantes de Baza, Guadix y sus cercanías, previniéndoles que en el día convenido descendiesen del Fargue y atacasen la Puerta de Fajalauza, mientras los granadinos se abrirían paso por la Puerta de Hierro, la Puerta de Oneidir, el portillo de la Puerta de Caxtar, el portillo de Bibalbonud y la Puerta misma, el portillo del arrabal de Albaida y la Puerta de Adifáf. Llegado el momento del ataque, se dirigió una taifa desde la Bib Adifáf por la parte superior del rio Darro á la Puerta de Xomais, y otras taifas respectivamente á las puertas y portillos designados, todos á una misma hora. Pero Dios se apiadó de la gente del Albaicín, pues habiendo acudido otras tantas taifas de sus habitantes á las puertas asaltadas, atacaron á las del Zagal y las pusieron en dispersión. Retirados los vencidos á la ciudad, barrearon las puertas y portillos que daban al arrabal asaltado. Á pesar de este descalabro continuó la guerra sin descanso entre las dos parcialidades, mientras el enemigo acrecentaba su poder.

Para atajar sus vuelos convocó el sultán de Granada á los jefes del ejército y alcaides de las ciudades de Baza, Guadix, Almería, Almuñécar, Vélez y Málaga y otros distritos, y habiéndose reunido en Granada, se comprometieron á obrar de común acuerdo contra los enemigos de su religión y á prestarse mútua asistencia, caso de ser atacados por los cristianos. Teme-

roso de este acuerdo el Emir Abu Abdallah Mohammed ben Alí, lo puso sin dilación en conocimiento del rey de Castilla y salió con su campamento hacia Vélez, mandando su alguacil á Málaga y al castillo de Almoxia para atraer á su partido á los habitantes de estos lugares, notificándoles el tratado de paz concluido con el monarca cristiano y apercibiéndoles que, de no aceptarlo, provocarían su enojo.

Proclamáronle Málaga y el castillo de Almoxia y entraron bajo de su gobierno por temor al rey de Castilla y por su ardiente deseo de paz. No sucedió lo mismo con Vélez, pues, cuando los grandes de Málaga hablaron á sus habitantes y les explicaron los motivos que tenían para reconocer la autoridad del sultán Abu Abdallah, no quisieron hacer traición á los compromisos contraidos con la gente de Granada y con los otros musulmanes de Andalucía.

Por este tiempo se dirigió el rey de Castilla á Vélez Málaga, que se mantenía en la obediencia del Zagal, y la sitió el dia 15 de Rebí 2.ª del año 892 (10 de Abril de 1487). Cuando llegó á Granada la noticia de esta excursión, reunió el sultán á su gente, y, como le pidiera parecer sobre lo que debería hacerse, se decidió que marchase en socorro de Vélez en cumplimiento de lo concertado con los alcaides de aquella plaza. En su consecuencia el sultán salió de Granada el 24 de Rebí 2.ª del año 892 (19 de Abril de 1487) á la cabeza de la gente de Guadix y de otras partes y de las fuerzas de las Alpujarras.

Cuando llegaron los musulmanes á la vista de Vé-

lez, la tenían ya sitiada los cristianos por mar y tierra. Habiendo acampado el ejército granadino en un monte cercano, atacó sin dilación á los enemigos con gran vigor, clamoreando sus gritos de guerra. Cuando los musulmanes iban avanzando, llegaron nuevas al Zagal de que su sobrino Abu Abdallah, dueño del Albaicín, había sido alzado por rey en Granada. Con este motivo los musulmanes aflojaron el combate y, antes de que la acción se hiciera general, retrocedieron en desorden. Conocida la revolución de Granada, retirose el ejército á Guadix, y los cristianos, que habían levantado el asedio de Vélez para ir al encuentro de los musulmanes, comenzaron de nuevo las hostilidades contra la plaza, y habiendo tomado el arrabal por asalto, estrecharon el cerco. Viendo los de Vélez la resolución del enemigo de entrarles por fuerza de armas la ciudad, no abrigando esperanzas de socorro, pidieron capitulación, y, acordada que les fué, evacuaron la plaza el viernes 10 de Chumada 1.ª del año 892 (3 de Mayo de 1487).

El autor de las *Narraciones* refiere estos hechos de diverso modo que Almaccari: «Cuando supo el Emir de Granada, nos dice, la llegada de los cristianos ante los muros de Vélez, convocó su ejército y dejando un cuerpo de tropas para combatir á la gente del Albaicín, salió en auxílio de la plaza sitiada el jueves 24 de Rebí 2.ª del año 892.»

«Hallándose cerca de ella, reparó que el enemigo, habiéndole tomado la delantera, la tenía completamente cercada. En su vista se dirigió al castillo de

Ben Tomíz, donde fijó sus reales, permaneciendo en él durante algunos dias. Pero como sus soldados le instaran á que los llevase al encuentro del enemigo, puestos en orden de batalla, marchó sobre Vélez. Sucedía esto á la caida del día y habiéndole sorprendido la noche en el camino, se apoderó del ejército tal aturdimiento y sobresalto, que echó á huir sin dar vista al enemigo. Derrotados y dispersos se retrajeron los musulmanes á su campamento, donde pasaron el resto de la noche. Cuando amaneció, les trajeron la noticia de que la ciudad de Vélez había caido en poder de los cristianos. Por virtud de esto, y de la disolución de su ejército, cuyos soldados regresaron á sus casas, tomó el Emir Mohammed ben Saád la vuelta de Granada y, yendo de camino, le vinieron nuevas del alzamiento de aquella ciudad por el hijo de su hermano, Abu Abdallah Mohammed ben Alí, el cual se había posesionado de ella y dado muerte á los alcaides, á quienes había encargado hostilizarle. Cuando oyó esto Mohammed ben Saád, retrocedió en dirección de las Alpujarras, de donde marchó á Guadix, en cuya ciudad entró con la gente de su séquito. Tuvo lugar el alzamiento de Granada el día 5 de Chumada 1.ª del año 892 (28 de Abril de 1487) y la toma de Vélez el viernes 10 del mismo mes y año».

Después de la rendición de Vélez, todas sus alquerías y las de la sierra de Ben Tomiz, juntamente con las poblaciones situadas al Oriente de Málaga, incluso la fortaleza de Comares, se dieron á los cristianos, los cuales, alentados con tantas victorias, pu-

sieron sitio á la capital, no obstante que, por haberse sometido al emir Abu Abdallah, se hallaba comprendida en el tratado de paz ajustado con el rey cristiano.

Sin querer hacer memoria de tal concierto acampó el infiel delante de Málaga, ámpliamente aparejado de toda suerte de municiones. Antes de este suceso, y á la sazón de tener puesto cerco á la ciudad de Vélez, mandó el pueblo de Málaga un presente al rey cristiano por medio de su alcaide, que era alguacil del sultán Abu Abdallah, con la mira de congraciarse con él. Acompañaba al alguacil el alcaide de Jeréz, que había caido cautivo cuando la derrota de los cristianos cerca de la ciudad; pero desentendiéndose el monarca castellano de aquellas muestras de rendimiento, persistió en su determinación, dando por toda excusa la de que Gibralfaro, fortaleza de Málaga, obedecía al sultán de Guadix. Embistió el rey cristiano la ciudad por mar y tierra; pero los habitantes la defendieron bravamente con las descargas de artillería, que disparaban desde sus fortificaciones, y con frecuentes salidas de su infantería y caballería. Prosiguióse el asedio con tan creciente vigor, como resistido con sin igual ardimiento y constancia; estableciose el bloqueo apretadamente por la parte de tierra con profundísimos fosos, muros de tierra, fuertes empalizadas y con nuevos bajeles por la mar, á fin de interceptar la comunicación de los sitiados con el exterior. A pesar de esto, habiendo logrado burlar la vigilancia de los cristianos un cuerpo escogido de morabitos, logró penetrar en la plaza y con su ayuda

se hicieron nuevas salidas contra los sitiadores y tuvieron lugar nuevas batallas. Pero el aproche de la artillería enemiga cerca de los muros, que les permitió hacer más certeros disparos sobre ellos, fué parte para que los sitiadores se hiciesen dueños de uno de los arrabales, desde donde se dominaban las avenidas de la ciudad.

Sintiose muy luego la escasez de provisiones y, transcurridos algunos dias, viéronse obligados sus moradores á comer sus camellos, caballos, asnos, mulos, perros, cueros y hasta las hojas de los árboles. En tan extremada situación imploraron los musulmanes la ayuda de sus correligionarios; pero todo fué en vano; nadie acudió en su auxilio. El hambre comenzó á hacer sus estragos en la ciudad, cuyos más valientes defensores caían diariamente víctimas de su furor. Á pesar de esto el ardor de los malagueños no tenía igual y la más obstinada resistencia se oponía, como al principio, á los sitiadores. Al cabo, extenuados de trabajos, debilitadas sus fuerzas y perdida la esperanza de ser socorridos, pidieron capitular en los mismos términos que lo habían hecho otros lugares del reino; pero usando de ardid con ellos el rey cristiano, les entró la ciudad por astucia y engaño, cautivó á todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños y, apoderándose de todas sus riquezas, las repartió entre su gente y sus capitanes. Fué su infortunio un infortunio tan grande que afligió todos los corazones, preocupó á todas las almas é hizo derramar copiosísimas lágrimas. La toma de Málaga, á que si-

guió la de todas las villas y lugares de su algarbía, tuvo lugar á fines de Xaban del año 892 (mediados de Agosto de 1487).

En el año 893 (1488) dirigióse el infiel á los castillos de la Ajarquía y de Vélez. En vano clamaron sus habitantes por la paz: sus súplicas fueron desoídas, y aunque todo este distrito se hallaba comprendido en las capitulaciones acordadas entre el Emir Abu Abdallah y el rey de Castilla, trataron los cristianos á sus moradores como enemigos y los redujeron á su obediencia sin combate, cerco ni fatiga, no quedando á los musulmanes lugar alguno en estas partes.

Terminada esta expedición, regresó el rey de Castilla á sus estados; pero en el mes de Recheb del año 894 (Junio de 1489) marchó al distrito de Baza y habiéndose apoderado de la población de Múchar (léase Zújar) y de todas las fortalezas y castillos cercanos á la ciudad, le puso sitio.

Menesterosa Baza de hallarse bien guarnecida y provista de víveres, artillería, infantería y caballería, en la eventualidad de ser asediada por el enemigo, sabedor el Zagal de sus propósitos, reunió á toda prisa los contingentes de Almería, Almuñécar y de los distritos montañosos de la Alpujarra, con los cuales entró en la ciudad días antes de parecer los cristianos por ella. Una serie no interrumpida de combates sangrientos tuvo lugar entre sitiadores y sitiados, en los cuales llevaron los musulmanes la mejor parte, dando muerte á tantos enemigos, que, desesperanzados de

hacerse dueños de la plaza por asalto, retrajeron sus estancias lejos de los muros, con lo que pudieron los cercados entrar y salir de ella sin ser hostilizados. Así continuaron las cosas los meses de Recheb, Xabán y Ramadán (Junio, Julio y Agosto), durante los cuales las fuerzas musulmanas permanecieron acampadas fuera de la ciudad, rechazando siempre victoriosamente las embestidas del enemigo é impidiéndole el aproche de su artillería y máquinas de guerra.

En el mes de Xawal (Septiembre) estrecharon los cristianos el asedio con una muralla de madera y un gran foso, guarnecidos de guardias y peones, con objeto de estorbar la salida de la ciudad á sus defensores y la entrada en ella á los que acudían en su auxilio ó les llevaban víveres. Con todo esto, y el haber logrado los sitiadores aproximar á la plaza sus ingenios de batir, salian los musulmanes por sus portillos y saltando por la muralla acometían á los cristianos en su propio campamento y en sus avenidas, haciendo en ellos gran matanza y apoderándose de las provisiones que les traian los suyos. En el mismo mes de Xawal y en los de Dulcada y Dulhicha (Oct. y mitad de Nov.) se empeoró la situación por haber escaseado las provisiones de toda clase. Habiendo examinado los jefes de la ciudad, á ocultas del pueblo, la cuantía de sus mantenimientos, echaron de ver que les quedaba para pocos dias. Á pesar de esto no desmayaron en la resistencia con la esperanza de que el enemigo levantaría el sitio á la aproximación del invierno. ¡Pero cuál no sería su sorpresa, cuando le vie-

ron labrar edificios para defenderse de sus rigores! El terror y la desesperación se apoderaron de los habitantes de Baza, resolviendo de común acuerdo sus cabeceras, sin que se apercibiera el pueblo, entrar en tratos y conciertos con los cristianos y ver de negociar una capitulación en los propios términos que lo habían hecho otros lugares.

En la creencia el rey de Castilla de que los sitiados se hallaban exhaustos de recursos y que su único objeto era recabar una avenencia ventajosa, acordó mandar á la ciudad á uno de sus magnates con el pretexto de conferenciar con ellos, pero en realidad con el fin de enterarse del estado de la plaza y participárselo á su soberano. Al tanto los jefes musulmanes de la intención del rey de Castilla, reunieron todas sus provisiones y las colocaron en los mercados por donde tenía que pasar el emisario cristiano, para que á su vista creyese que la guarnición podía aún mantenerse por mucho tiempo, cuando la verdad era que se hallaba grandemente apurada. La guerra ciertamente no es más que ardid y falacia. La estratagema produjo su efecto, pues engañado el legado por las apariencias, vino el rey cristiano en concederles cuanto le pedían. Esto, sin embargo, había de entenderse solamente con los habitantes de Baza; pero no con las fuerzas que habían ido en su auxilio de Guadix, Almuñécar, Almería y las Alpujarras, las cuales deberían ser expulsadas de la ciudad antes de firmar las capitulaciones. Rechazada esta condición, se suspendieron las negociaciones por algún tiempo, aunque

LÁMINA III



Entrada á la sala de Abencerrajes

Fototipia J. Thomás & Comp.ª—Barcelona.

se convino al cabo en que, además de Baza, fuesen comprendidas en el concierto Guadix, Almería, Almuñécar y las Alpujarras, mediante las estipulaciones mútuamente acordadas, de las cuales algunas se hicieron públicas, manteniéndose las otras secretas. Los nobles tomaron dinero, procurando el provecho propio (1). Los cristianos dejaron ir libremente á Guadix con sus caballos, armas y equipo á los caballeros y peones que componían la guarnición.

El viernes 10 de Moharram del año 895 (3 de Diciembre de 1489) pusieron los alcaides de la ciudad á los cristianos en posesión de la alcazaba, sin que lo notara el pueblo, que luego al punto entró en su obediencia, y como ignorara los capítulos de la entrega, se le dijo ser condición del convenio que todo musulmán, que quisiera continuar en la plaza, gozaría de paz y de seguridad y el que prefiriera trasladarse á otro punto, podría hacerlo con sus armas y haberes. Sin embargo de esto los cristianos, temiendo un alzamiento, expulsaron poco después á los musulmanes de Baza, obligándoles á vivir en los arrabales.

---

(1) V. el *Asiento y promesa al Caudillo de Baza y Almeria, Yahia Alnayar,* firmados por el Rey Católico en su Real, cerca de Almería á 23 de Diciembre de 1489, ap. Salvá y Sainz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, tomo VIII, p. 407. El original de esta Capitulación se halla en el Archivo del Marqués de Corvera y fué publicado por D. Antonio Benavides en el Apéndice á su *Memoria sobre la guerra del reino de Granada.* V. *Memorias de la Academia de la Historia,* tomo VIII.

Nombró el rey de Castilla un alcaide y un juez para el gobierno de Baza y, habiéndola abastecido de toda suerte de municiones, se dirigió á Almería y su distrito, no encontrando en su camino castillo ó alquería que no se le rindiese voluntariamente. Días antes había partido el Zagal para aquella ciudad á fin recibir al monarca castellano, prestarle vasallaje y ponerle en posesión de todos los castillos, fortalezas y torres que estaban bajo su obediencia. Hecho esto, regresaron ambos soberanos juntos á Guadix, donde el Zagal hizo entrega al rey de Castilla de la ciudadela en 11 de Safar del año 895 (fines de Diciembre y principios de Enero de 1489), sometiéndose á seguida todo su distrito.

En un abrir y cerrar de ojos, sin combate, ni asedio, ni accidente, ni fatiga, pasaron á manos de los cristianos todos los dominios del sultán de Guadix, Mohammed ben Saád, desde las ciudades de Almería y Almuñécar hasta la alquería del Padul. En todas las alcazabas puso el rey de Castilla un fuerte presidio con un alcaide cristiano que gobernase á los habitantes de los pueblos sometidos, convertidos en mudéjares. Pero no se limitó el Zagal á esto; él en persona y los caballeros y alcaides partidarios suyos reconocieron la soberanía del monarca castellano y se brindaron á ayudarle en su empresa contra sus correligionarios los musulmanes. Con razón pensaban las gentes que el sultán Mohammed ben Saád y sus alcaides habían vendido todas las ciudades y alquerías, que se hallaban bajo de su obediencia, y tomado su precio en

venganza del hijo de su hermano, Abu Abdallah Mohammed ben Alí, y de los alcaides que le seguían, los cuales, reducidos á Granada y las alquerías de su término, no tardarían, á pesar de hallarse en paz con los cristianos, en caer en sus manos, desapareciendo el islamismo de toda la tierra de Andalucía. Por su parte el rey de Castilla, con ánimo de granjearse la voluntad de los arraeces y capitanes del Zagal, encargó á los suyos que les guardasen toda suerte de atenciones y miramientos y que fuesen con ellos largos de dádivas y presentes. En realidad el monarca castellano solo se proponía contar con su concurso para llevar á feliz término la reducción total del reino granadino, tan ardientemente codiciada por su corazón, que concluyó por violar el pacto ajustado con el sultán Abu Abdallah Mohammed ben Alí, apoderándose de las torres de la Malaha y de Alhendín, que eran dos grandes torres fortificadas, en las cuales, después de mejorar sus defensas, puso un fuerte presidio con abundantes municiones de boca y guerra, teniendo en cuenta que, por su proximidad á Granada, eran puestos avanzados importantísimos, llegado que fuese el día de ponerle sitio.

Durante este tiempo mostraba el rey de Castilla al sultán de Guadix la mayor amistad, aparentando ser fiel cumplidor de la capitulación pactada con él, á la vez que hacía correr falsos rumores sobre Abu Abdallah, á quien apremiaba, valiéndose de todas sus tretas y estratagemas, á la rendición de Granada. Es más; en el curso del mismo año de 895 le mandó

sus emisarios con la exigencia de que le hiciese entrega de Medina Alhambra, como lo había hecho su tío el Zagal de todos sus castillos y plazas fuertes, Ofrecíale en cambio grandes riquezas y la soberanía, á su elección, de una de las ciudades de Andalucía.

Pretenden algunos que el sultán de Granada fingió acceder á la demanda y que el rey de Castilla salió lleno de júbilo de su campamento, seguido de gran número de mujeres y muchachos, ávidos de esparcimiento, á tomar posesión de la Alhambra y de la ciudad de Granada en cumplimiento de los tratos secretos que existían entre ambos soberanos. Forjábase la ilusión de que no había de haber en ella quien se atreviera á cerrarle el paso.

Pero lo cierto es que, hecha la petición por el rey de Castilla al Emir Abu Abdallah de entregarle la fortaleza de la Alhambra, reunió el sultán á los jefes del ejército, á los alfaquíes y á los nobles y plebeyos y les dió cuenta de lo que pasaba y de cómo su tío el Zagal, al entrar bajo la obediencia del infiel, había hecho estériles las capitulaciones de paz que con él tenía ajustadas. «Á nosotros, añadió, no nos queda más que someternos ó apelar á las armas.» Convínose por la asamblea en hacer la guerra santa, pidiendo el cumplimiento de lo pactado hasta alcanzar la victoria ó morir en la demanda. Todos juraron solemnemente ser con su soberano una sola mano para combatir á los cristianos. Con este acuerdo salió el sultán de Granada á la cabeza de su ejército. Cuando llegó á noticia del rey de Castilla la resolución de los grana-

dinos, quedó contrariado y se entristeció grandemente.

Algún tiempo después el rey cristiano acampó con sus huestes en la vega de Granada y exigió á sus habitantes la rendición, apercibiéndoles, de lo contrario, con arrasar sus panes. Habiéndosele contestado negativamente, puso su amenaza por obra, interceptando los caminos y destruyendo los sembrados. Sucedió esto en el día 1.º de Recheb del año 895 (20 de Mayo de 1490). Acompañaban al ejército cristiano multitud de *mortadies* ó renegados de los castillos, alquerías y ciudades que se le habían sometido, á fin de conducirlo á los lugares desguarnecidos por los musulmanes, los cuales, capitaneados por sus alcaides y por el mismo Emir, riñeron muchas batallas con los cristianos haciendo en ellos grandes estragos.

Persuadido el rey de Castilla de que por entonces no era posible apoderarse de Granada, después de demoler algunos fuertes, entre ellos el de Gabia, y reparar los castillos de Alhendín y de la Malahá, en los cuales puso guarnición, regresó á su tierra, «mordiéndose de cólera la punta de los dedos,» según gráfica expresión del autor de las *Narraciones*. Tuvo lugar esto á mediados de Recheb del mismo año.

Durante la ausencia del enemigo, el sultán de Granada atacó la alquería del Padul, de cuyo castillo se había posesionado el infiel, y, habiéndolo tomado por asalto, pasó á cuchillo á la guarnición, compuesta de cristianos y *mortadies*. De regreso á Granada le vinieron misivas de muchas de las alquerías de las Alpuja-

rras en demanda de auxilio para sacudir el yugo del infiel. Prometiólo el Emir y á fines de Recheb salió con sus tropas de Granada con dirección á la alquería de Lanjarón y á la Alpujarra, habiendo huido á su aproximación los presidios de cristianos y *mortadies* que había en varios lugares. Dirigióse á seguida al castillo de Andarax, donde con gran copia de *mortadies* se hallaba el Emir Mohammed ben Saád, el cual, luego que supo que se acercaba su sobrino, se refugió en la ciudad de Almería, con lo que muchos de los suyos se volvieron al campo musulmán.

Luego que cayó el castillo de Andarax en poder del sultán de Granada, tornaron las Alpujarras á su obediencia, así como las ciudades de Berja y Dalias, cuyas guarniciones huyeron. Puestos alcaides y presidios en todas las fortalezas, regresó el Emir Abu Abdallah á su capital á mediados de Xabán del año 895 (3 de Julio de 1490).

Poco tiempo estuvo el sultán de Granada en posesión de la ciudad de Andarax, pues en el primer tercio del mes de Ramadán (últimos de Julio), su tío, el Zagal, asistido de los cristianos y renegados, y sin ser parte á impedirlo su corta guarnición, volvió à recobrarla. Mientras tanto, y en 6 del propio mes (23 de Julio), el Emir Abu Abdallah ponía sitio á la alquería de Alhendín, defendida por un fuerte castillo y abastecida de muchas municiones, hombres y máquinas de guerra. Había hecho el rey de Castilla en torno de la torre principal y en ella misma tales obras de defensa, que á todos los que miraban su solidéz,

elevación y fortaleza, les parecían inexpugnables. Así lo creia también la gente de Granada. Sin embargo, después de batir sus muros, abrir brecha en ellos con la artillería y dar varios asaltos, en que muchos musulmanes sufrieron el martirio, lograron los sitiadores apoderarse de los tres primeros recintos y demoler las torres que los defendían, obligando á los defensores á retraerse á una muy grande, que era la ciudadela; pero habiendo sido también horadada y desportillada hasta el punto de amenazar desplomarse y sepultar á la guarnición en sus ruinas, se entregó á discreción en número de 180 hombres entre cristianos y *mortadies,* cayendo en manos de los granadinos todos sus víveres y máquinas de guerra. Dueño del castillo, regresó el Emir Abu Abdallah con su ejército á la capital el 11 de Ramadán (28 de Julio).

Habiendo hecho un llamamiento por público pregón al pueblo, grandes y chicos, nobles y plebeyos, para que se aprestase á ir contra Almuñecar, salió en dirección de esta ciudad el sultán de Granada con su ejército después de la oración del viernes 18 de Ramadán (4 de Agosto), arrasando en su camino la torre del Padul. Llegado al castillo de Salobreña, lo tomó por asalto con excepción de la alcazaba, que le ofreció seria resistencia, mediante haber sido reforzada la guarnición, compuesta de cristianos y *mortadies,* con tropas que le vinieron por mar de Málaga. Con todo, cercada por todas partes, cortada el agua á sus defensores y habiendo perecido de sed sus caballos y acémilas, se vió en grande aprieto y, á no dudar,

hubiera llegado á trance de rendirse, de no haber recibido los sitiadores la noticia de que el rey de Castilla había salido el 3 de Xawal (19 de Agosto) con su ejército en dirección de Granada. En vista de esto, y pasados que fueron tres ó cuatro días, levantó el Emir el cerco y regresó á su capital.

Apenas llegado á ella mostróse el enemigo en la vega de Granada, acompañado de buen golpe de *mortadles* y mudejares, que les servían de adalides. Después de una estancia de ocho días en ella, taló, no sin grandes pérdidas por su parte, los panes y las vides y arrasó las torres de la Malaha y Soto de Roma. De regreso á sus estados demolió el castillo de Alhausat, desde donde se dirigió á Guadix, de cuya ciudad expulsó á los mudejares, no quedando en ella ni en sus arrabales, dispersados como fueron por las alquerías comarcanas, ni un solo creyente.

Ordenó también por este tiempo la destrucción del castillo de Andarax y que fuesen lanzados de él los *mortadles* con su Emir Mohammed ben Saád, al cual no le quedó cerca del rey de Castilla rango ni estima. Desengañado con esto, resolvió marcharse á África, como lo hizo, y habiendo desembarcado en Orán con algunos de los suyos, pues muchos de ellos se quedaron en su tierra, se dirigió á Tlemecen, donde fijó su domicilio (1). Aún viven allí sus descendien-

(1) Después de la expulsión de los moros de Guadix y la destrucción de la fortaleza de Andarax por Fernando el Católico, Abu Abdallah Mohammed XII, el Zagal, se embarcó para

tes, siendo conocidos por los hijos del sultán de Andalucía. Dadas las anteriores disposiciones, marchó el rey de Castilla á las fronteras extremas de su reino con motivo de tener trabada guerra con los francos. Aprovechando su ausencia, se posesionó el sultán de Granada de Andarax en los últimos días del mes de Xawal (mediados de Septiembre), habiendo entrado de nuevo en su obediencia los lugares de aquella taha.

A la reconquista de Andarax siguió la del castillo de Purchena, cuya guarnición cayó prisionera, tornando á los musulmanes los habitantes de los lugares de este distrito. Por el mismo tiempo trató la gente de Fiñana de alzarse con la alcazaba; pero, teniendo noticia de su intento el alcaide cristiano de Guadix, cayó de improviso sobre ella traidoramente y ayudado de la guarnición, que descendió espada en mano del castillo, entró en la alquería por asalto, pasó á cuchillo á muchos de sus moradores y cautivando á los restantes, hombres, mujeres y niños, se los llevó consigo con cuantiosísimo botín.

Cuando los habitantes de las alquerías del Sened vieron la desventura acaecida á sus hermanos de Fi-

---

África, llegó á Orán y de allí marchó á Tlemecén, donde se estableció con su familia y servidumbre. Murió en aquella ciudad entre las dos oraciones de la tarde del miércoles de la nueva luna de Xabán, año de 899 (1494). (V. el epitafio de este monarca en la pág. 175 de la *Memoria epigráfica histórica sobre las tumbas de los Emires Beni-Zeyan,* descubiertas en Tlemecén por M. C. Brosselard, París, 1876.

ñana, temerosos de correr igual suerte, enviaron emisarios al sultán de Granada para que fuese en su auxilio con la gente de la ciudad y con acémilas á fin de conducir á ella sus ajuares y mantenimientos, como así lo hizo el día 13 de Dulcada (27 de Septiembre) del mismo año. De la alquería de Huéneja, donde estuvo unos días, trasladóse el sultán á la de Jérez, en la cual permaneció ocho, habiendo dado desde allí órdenes para que le mandasen de Granada y de los lugares inmediatos caballerías suficientes para transportar á ella los cereales de las alquerías de Guadix. Hecho esto, ordenó el Emir Abu Abdallah Mohammed ben Alí que sus habitantes, hombres, mujeres y niños, abandonaran sus hogares y se retrajesen á Granada con sus ajuares, granos y animales. Había en estas alquerías tal cantidad de trigo, cebada y mijo, que no es posible calcular.

Habiendo llegado á noticia del Emir Abu Abdallah Mohammed ben Alí que se aprestaban los cristianos á invadir su territorio, regresó desde la alquería de Jérez á Granada, donde entró al anochecer del 23 de Dulcada del mismo año (3 de Octubre).

Cuando vieron los cristianos que los habitantes de las alquerías del Sened de Guadix las habían abandonado, ofrecieron seguro á cuantos regresaran á ellas, como lo hicieron desde luego muchos, fiados en su palabra, y más tarde casi todos, siendo contados los que quedaron en tierra musulmana.

En 12 de Chumada 2.ª del año 896, que corresponde á la segunda decena del mes de Abril de los cris-

tianos (22 de Abril de 1491), se dirigió el rey de Castilla á la vega de Granada á la sazón de verdear los panes, y después de estragar la tierra y asolar sus alquerías, marchó al valle de Lecrín é hizo lo mismo, matando y cautivando á sus moradores.

De regreso á la vega de Granada asentó sus reales en la alquería del Gozco, donde en pocos días labró un gran recinto murado, rodeado de fosos, á que llamó Santafé. Continuando su obra de destrucción demolió varias alquerías, disponiendo que sus materiales fuesen transportados en carretas á la ciudad que estaba edificando, cuya construcción él mismo inspeccionaba. Sucedíanse en esto combates tras combates entre musulmanes y cristianos, los cuales se apoderaron de las torres de las alquerías que rodean á Granada, sin más excepción que la de Alfacar, á la cual embistieron repetidamente y con porfía sus caballeros y peones, aunque sin más resultado que el de perder gran número de gente, defendida bizarramente, como estaba, por las fuerzas musulmanas, temerosas de que, posesionado de ella el enemigo y teniendo que abandonar las alquerías del monte, pusiera cerco á la capital. En vista de la tenacidad desplegada en su defensa por los granadinos y de las pérdidas sufridas por el enemigo, desistió de su empresa. Con todo, los encuentros entre musulmanes y cristianos se sucedían sin interrupción; unas veces en tierra de Alfacar, otras en la de Pulianas, otras en la de Maracena, ya en las de Tafia, Yamur, el Jaragüi, Armilla Aflum, el Rebite y rio de Monachil, ya en otros lugares próxi-

mos á Granada. En todos estos combates pereció la flor del ejército musulmán, quedando muchos de sus guerreros inutilizados por las heridas. Pero las pérdidas de los cristianos fueron el doble.

A favor de la obscuridad de la noche salían los peones granadinos á merodear al campamento infiel y emboscándose en los caminos, por donde conducían sus convoyes, los asaltaban, haciendo presa en sus caballos, mulas, asnos, vacas y carneros, hombres y otras cosas. Hasta tal punto llegó la abundancia de carne en la ciudad, que un arrelde se compraba por un dirhem. Prolongóse la guerra aun por espacio de siete meses entre ambos ejércitos con tantas pérdidas de una y otra parte, que al cabo de ellos había perecido en el campo de batalla la inmensa mayoría de la caballería é infantería musulmana. En este tiempo retiróse á las Alpujarras la mayor parte de los vecinos de Granada, preocupados con el hambre y el temor al enemigo. Los caminos, que ponían en comunicación á esta ciudad con las Alpujarras, iban por la Sierra Solera (Sierra Nevada). Por ellos eran conducidos á Granada toda suerte de artículos de comer, como trigo cebada, escandía, aceite, pasas y otros muchos frutos y mantenimientos. Debilitábase y empequeñecíase, sin embargo, la ciudad en hombres y víveres. Llegado el mes de Moharram del año 897 (Noviembre de 1491) comenzó el invierno y, habiendo caido nieve sobre la Sierra, interceptó los caminos de las Alpujarras, con cuyo motivo se apocaron las provisiones en los zocos de Granada, aumentóse la carestía, murie-

ron muchos de hambre y creció el número de mendigos. Mientras tanto, reposaba el enemigo en su ciudad y campamento y proveíase de las cosas necesarias para su sustento, viniendo á ser de día en día la condición de los sitiados más penosa y desesperada, por no serles dable salir á la vega para labrar y sembrar. En este tiempo cesaron las hostilidades de ambos ejércitos.

Cuando entró el mes de Safar del año referido (Diciembre de 1491) se empeoró hasta tal punto la situación del pueblo á consecuencia del hambre y de la mengua de provisiones, que muchas personas acomodadas sintieron sus efectos. En vista de estado tan doloroso, reuniéronse los dignatarios principales de la corte y la gente del común con los alfaquíes, alamines, jeques, alarifes, los caballeros que aún quedaban del ejército y cuantos tenían autoridad en Granada, y habiendo comparecido ante el Emir Mohammed ben Alí, le hicieron presente la situación del pueblo, la estrechez en que se hallaba, los horrores del hambre y la poquedad de las subsistencias. Manifestáronle que la ciudad era tan grande, como menguados sus mantenimientos; que el día no lejano en que se consumiesen, no era posible renovarlos, estando, como se hallaban, intransitables los caminos de las Alpujarras, de donde les venían las provisiones y las frutas; que la flor de los caballeros había perecido ó quedado inutil á consecuencia de sus heridas; que ya no podían contar con los frutos y cereales del campo; porque la gente dedicada á su cultivo había sucumbi-

do en los combates; que de sus hermanos, los musulmanes de Africa, no había acudido ni uno en su auxilio. En cambio, añadieron, el enemigo ha labrado una ciudad y vive cerca de nosotros; sus fuerzas se aumentan, mientras las nuestras disminuyen; á él vienen socorros de su tierra, en tanto que nosotros no recibimos ninguno. Estamos ahora en la estación del invierno y, hallándose divididas y debilitadas sus fuerzas, ha suspendido las hostilidades. Si entramos ahora al habla con él, nos escuchará y concederá lo que le pidamos; pero si nos mantenemos en el estado en que estamos hasta la estación de la primavera, reunirá sus ejércitos y no pudiendo oponerle más que nuestra debilidad y flaqueza, se negará á nuestras demandas y quedaremos sin seguro nosotros y nuestra ciudad, de la cual han desertado muchos que conducen al enemigo sobre nuestras emboscadas y les sirven de exploradores. Contestóles el Emir Mohammed: «Resolved lo que os parezca y tomad el partido que convenga más á vuestra salud.» En un pensamiento nobles y plebeyos, acordaron mandar embajadores al rey de los cristianos. Entonces se dió comienzo á las negociaciones y se convino en ajustar una capitulación en los mismos ó parecidos términos á la de Guadix con algunos artículos adicionales, como el de que el señor de Roma garantizara la extricta observancia de todos y cada uno de los que se acordasen, antes de que fuesen puestos los cristianos en posesión de la Alhambra y de las otras fortalezas y castillos de la ciudad, y de que el rey de Castilla se obligara bajo de

juramento, prestado según fórmula de su religión, á cumplir fielmente lo que se pactase.

Muchos del común creyeron que el Emir de Granada, su alguacil y sus alcaides habían convenido previamente con el rey cristiano la entrega de la ciudad; pero que, temerosos de las iras populares, emplearon la estratagema de reservarse el concierto, hasta que al cabo vino el pueblo á pedirles lo mismo que ellos tenían ya pactado. A esto se debió la suspensión de las hostilidades en aquellos días.

Llegados los legados á la presencia del rey cristiano, lo hallaron con tantos deseos de avenencia, que accedió á cuanto le pidieron, sin más excepción que la de que el Papa garantizase lo capitulado, pues se dice que, cuando vino el momento de discutir este artículo, ganaron lo cristianos á los emisarios musulmanes dándoles una cantidad considerable de dinero á fin de que se hiciera caso omiso de él.

De los 67 artículos, que comprendía la capitulación, los principales fueron los siguientes: seguridad para sus personas, mujeres, hijos, animales, campos cultivados, jardines y tierras labrantías y cuanto fuese de su pertenencia; que pudieran continuar viviendo en sus lugares, casas, habitaciones y domicilios; que se les mantendría en su Xara (ley religiosa), por la cual y no por otra alguna serían juzgados; que las mezquitas y los bienes de su pertenencia se conservarían en el mismo estado en que estaban; que ningún cristiano entraría en casa de los musulmanes ni les haría fuerza; que no les serían designados por goberna-

dores ningún musulmán ó judío que no hubiere ejercido antes cargos públicos por nombramiento del sultán; que serían puestos en libertad los cautivos hechos en la guerra de Granada, con especialidad los nobles y jefes designados expresamente en la capitulación; que los cautivos musulmanes, que hubieran logrado escaparse de las manos de sus dueños y refugiádose en Granada, no les serían devueltos, obligándose el rey á reintegrarles su precio; que á los que quedasen en Granada no se les impondrían más tributos que el azaque y el diezmo; que quien quisiera salir de ella, podría vender sus bienes en el precio que á bien tuviese, sin fraude ni engaño, á cristianos ó musulmanes; que el que se resolviera á pasar á África, podría igualmente enagenar su hacienda y llevarse sus alhajas, siendo conducido por las naves del rey al punto que deseara de tierra musulmana, sin tener que pagar flete (1) ni cosa alguna por el tiempo de tres años; que espirado este plazo, el musulmán, que quisiera emigrar, daría, además del flete, el diezmo de lo que llevase; que nadie podría ser preso por delito ajeno; que no se forzaría al que hubiese abrazado el islamismo á hacerse nuevamente cristiano, y que si algún musulmán se hubiese cristianizado, se le darían algunos días de plazo para que lo meditase y, transcurridos que fueran, comparecería ante un juez musulmán y otro cristiano, y si se nega-

(1) Así lo dice el autor anónimo en armonía con nuestros cronistas, En Almaccarí se lee que tenían que pagarlo.

se á volver al islamismo, sería mantenido en su resolución; que no se castigaría al musulmán que durante la guerra hubiera muerto á algún cristiano, ni se le quitarían los despojos alcanzados en ella; que los musulmanes quedaban horros del alojamiento de tropas cristianas y que no serían compelidos á prestar el servicio de bagages contra su voluntad; que no se les aumentarían los tributos establecidos y que se les alzarían los que con marcada injusticia se les habían recientemente impuesto; que ningún cristiano se subiría al muro para atalayar las casas de los musulmanes, ni se le permitiría entrar en ninguna de sus mezquitas; que los musulmanes podrían discurrir libremente por tierra de cristianos con seguro de sus personas y bienes; que no les pondrían señales, como lo hacen con los judíos y mudéjares; que no se les quitaría el almuédano, ni serían interrumpidos en la zalá, ni se les vedaría ninguna de las prácticas de su religión; que se castigaría á quien se mofase de ellos; que durante dos años cumplidos no pagarían tributo; que el señor de Roma garantizaría con su firma la capitulación (1),

(1) Que este artículo de la capitulación, de que se hace caso omiso en el original castellano, que se conserva en el archivo de Simancas, fué realmente acordado y concertado, es evidente, pues en una minuta que se conserva en dicho archivo, entre las peticiones que hizo á los Reyes Católicos el alcaide Bexir en nombre de Boabdil, se lee: «Primeramente suplica á Sus Altezas quel previllejo que se dió al Rey é á los moros, é las capitulaciones, supliquen Sus Altezas á nuestro Santo Padre que lo confirme *como en ello se asentó*. Sigue un decreto al margen,

con otras condiciones semejantes que se omiten en gracia de la brevedad.

Acordadas estas capitulaciones y garantida su fiel observancia, mediante el juramento que, según su religión, exigieron los legados musulmanes al rey de Castilla, tomaron la vuelta de Granada, donde fueron leidas al pueblo, el cual le dió su asentimiento, sometiéndose y proclamando por su rey al monarca cristiano, á quien se hizo saber podía ir á tomar posesión de Medina Alhambra y de Granada.

Habiendo mandado evacuar el Emir Abu Abdallah Mohammed ben Alí la ciudad de la Alhambra y sus palacios, alcázares (1) y sitios de recreo, quedó aguar-

---

que dice: *Que les place.*» V. Salva y Sainz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, tomo VIII, p. 437.

(1) Según se lee en Almaccarí *(Analectes*, tomo II, 2.ª parte, p. 798), el tesoro de la casa ó palacio Nazarita era copioso en toda suerte de preciosos rubíes, perlas de gran tamaño, zomordas singularísimas, turquesas de gran valor, toda suerte de adargas preservativas, equipos militares defensivos, armas cortantes, instrumentos primorosos, utensilios peregrinos, collares de perlas en pedazos; sartales de aljófares para los cabellos, arracadas, que aventajaban á los alcordes ó pendientes de María (la Copta, concubina de Mahoma) en claridad, brillantez y hermosura; espadas, únicas por su invención y raras á maravilla, de bien templadas hojas, con su marca peculiar y exornadas de oro purísimo; poderosas lorigas de malla, de apretado tejido, que preservan á los guerreros en el día del combate, y cuyo preclaro origen se remonta á David, el enviado de Dios (según se lee en el Alcorán, á él se le debe la invención de la cota de malla); corazas holgadas de vestir, adornadas de oro, de fábrica indiana, con sobrevestas de brocado; cascos con orlas doradas, incrusta-

dando la entrada de los cristianos para tomar posesión de ellos.

El dia 2.º de Rebi 1.ª de 897 (2 de Enero de 1492) llegó el rey de los cristianos con sus huestes cerca de la ciudad; desde donde mandó un ala de su ejército para que tomase posesión de la Alhambra. La causa de haberse quedado el rey de Castilla con la mayor parte de sus gentes extramuros de Granada, fué el andar temeroso de alguna traición de los musulmanes, á los cuales había pedido rehenes para su seguridad. Luego de hechas las capitulaciones, y habiéndosele entregado hasta quinientos de las personas principales de la ciudad, los mandó aposentar en sus reales. Cuando estuvo en posesión de los rehenes, se acercó el rey cristiano á la ciudad y viendo en la quietud de sus habitantes que no había motivo de recelo, dispuso que entrasen sus tropas en la Alhambra, como en efecto lo hicieron en grandes muchedumbres.

---

das de perlas é intercaladas de esmeraldas con rubíes en el centro; cinturones plateados, anchos de forma y esmaltados en su superficie; adargas de ante, sólidas, sin poros, dulces al tacto y renombradas por su impenetrabilidad; arcos, sin mezcla de color, semejantes en su forma á una media luna, de costados en curva, que afrentan á las pestañas y aun á los preciadísimos instrumentos de cuerdas de cobre; alminbares de abalorio; ataifores de Damasco, cuentas de cristal, zafas de la China, copas grandes del Irac, vasos de Tabaxir y otras muchas cosas que ni es posible describir ni numerar.» Y aunque con ocasión de los disturbios y revueltas civiles todo este tesoro vino á menos, aun debía de quedar mucho de él el día en que Boabdil evacuó sus alcázares de la Alhambra.

Á seguida hizo abastecer aquella fortaleza de gran cantidad de víveres, pólvora y artillería y, habiendo dejado en ella á uno de sus alcaides, regresó á su campamento. Desde aquel día no cesó de enviar municiones de boca y guerra á la plaza y cuanto creyó necesario. Nombró alcaides, almocadenes, jueces y porteros para el gobierno de la ciudad y cuanto había menester para el despacho ordinario de los negocios del común (1). Los musulmanes iban al campa-

---

(1) *Titulo de la cibdad.* Las personas nombradas por los Reyes Católicos para el regimiento de la ciudad fueron: el Cadí Mahomad ben Abdilmet, el Chorrut.—Cadí Mahomad el Pequenní, almotacén.—El alfaquí Yusuf el mudéjar.—El alfaquí Mahomet Fat.—El Hatib de Axares Adulhazis.—El Hatib del alcazaba Mahomad Hadera.—El Hatib Farax el Bastí.—El alfaquí Hamete el Pequenní.—Hamete Abenzulema.—Abulcasin el Guadixí.—Hamete el Comayhe.—Bexir el Gibis.—Ali Abennaser.—Adulhaid el Mugerí.—Yaya el Xarif.—Hamet Azafar.—Hamet Abulfat.—Mohamad el Guadixí.—El alfaquí Aben Codba del alcazaba.—Zaad Afin.—Abraen el Caicí. El nombramiento del guardasellos se lo reservaban Sus Altezas. Los escribanos del Ayuntamiento fueron: los regidores Juzuf el Mudejar y Mahomad el Guadixí. Los almoharriques ó porteros fueron los seis siguientes: Filel.—Dayon.—Farax Demen.—Yuzuf Alhayrasí.—Farax Gamon y Ayaguy. Trujaman ó intérprete: El Xarafí. Legados de la ciudad: el regidor Mahomad el Pequenní y otro cristiano. Procuradores: los alguaciles Mahomad Aduladin y Mahomad ben Alascar. Almotacén: Mahomad el Pequenní. Veedores de la limpieza: Yahia el Festelí y su hijo Alanjarоní. Los visitadores serían los nombrados el primer día de sesión por el Ayuntamiento. V. *Minuta de lo tocante al asiento que se dió á la ciudad de Granada por los Reyes Católicos acerca*

mento á vender y comprar, como lo hacían los cristianos.

Cuando supieron los habitantes de la Alpujarra la rendición de Granada, enviaron emisarios al rey de Castilla acogiéndose á la capitulación y declarándose sus vasallos. Ni un solo lugar quedó á los musulmanes en toda la Andalucía.

Después de esto, dejó el rey de Castilla en libertad á los rehenes, que tenía, asegurados en sus bienes y personas y colmados de honras y agasajos.

Disipados sus temores, acercóse á Granada y dejando su hueste en las afueras, subió á Medina Alhambra con parte de sus privados, esparciéndose en ella y en sus alcázares y excelsos sitios de recreo hasta que feneció el día, hora en que regresó con sus tropas al campamento. En la siguiente mañana comenzó á hacer en la Alhambra y en sus alcázares y muros las obras de reparación, de que andaban necesitados, á fin de afirmarlos, fortalecerlos y mejorar sus construcciones: mandó que se abriesen calzadas, y fué tal su solicitud en esto, que diariamente iba á la Alhambra, regresando al anochecer á sus reales. Así lo siguió haciendo hasta que se aquietó su espíritu del temor de una perfidia de los musulmanes. Entonces entró en la ciudad y dió una vuelta por ella asistido de su gente y comitiva.

Una vez tranquilo en ella, dejó en libertad á los

---

de su gobierno, ap. Salvá y Sainz de Baranda, *Col. de doc. inéd. para la Hist. de Esp.*, tom. VIII, p. 453.

musulmanes de pasar al Africa y puso á su disposición naves en la costa. Cuantos optaron por la emigración, vendieron sus bienes, tierras de labor y casas, habiendo habido alguno que enagenó una grande, ámplia y de subida estima en muy bajo precio. Lo propio acaeció con los jardines, tierras, campos de labor, cármenes y fadanes, los cuales llegaron á darse por menos de lo que rentaban al año. Compraban estas fincas, ora los musulmanes, que habían resuelto vivir en Granada, ora los cristianos. Lo que acaeció con los predios rústicos y urbanos, sucedió con los instrumentos de labor y mercancías.

Habiendo dispuesto el rey de Castilla que los emigrantes marcharan á la costa con cuanto tenían, los llevaron los cristianos por mar al punto de su destino, honrados y seguros.

Durante este tiempo, otorgó el rey de Castilla á los musulmanes tantos favores y atenciones, que celosos de ellos los cristianos, les decían: «Más glorificados y honrados que nosotros estais vosotros ahora por nuestro rey.» Y con efecto, les dispensaba los tributos y les administraba justicia, aunque todo era artificio y engaño por su parte, pues lo que en realidad se proponía, era retenerlos en su tierra y que no se marchasen. Ante esta conducta del rey de Castilla, creció la esperanza en el pueblo, y en la creencia de que sería duradera, resueltos á vivir con los cristianos, compraron toda suerte de bienes á buen precio.

Después mandó el rey de Castilla al Emir Moham-

med ben Alí, que continuaba en Granada, se marchase á Andarax, una de las alquerías de las Alpujarras, como así lo hizo, llevándose consigo á su familia, servidumbre, riquezas y criados. Fijada allí su residencia, esperó lo que se le ordenase. Pasado algún tiempo le pareció bien al tirano, que el Emir Abu Abdallah Mohammed ben Alí se fuese á Africa y trazándole el itinerario, puso naves á su disposición en el puerto de Adra. Muchos, de los que querían emigrar, se unieron con el Emir, el cual, habiéndose embarcado en aquel puerto con su séquito, atendido, respetado y agasajado por los cristianos, arribó á Melilla en la costa africana, desde donde se dirigió á Fez, guárdela Dios (1). Y estaba decretado por el Altísimo, ensalzado sea, que á tiempo de llegar á esta ciudad el Emir Mohammed ben Alí, afligiese á sus habitantes una gran calamidad, producida por la carestía de los mantenimientos, el hambre y la peste, llegando sus rigores

(1) «En esta ciudad, nos dice Almaccarí, lamentando su abatida fortuna y afligido por lo que le había pasado, se estableció con su familia é hijos y labró algunos alcázares á imitación de los de Andalucía, que yo ví y visité. Murió Boabdil en Fez el año 940 (1533), Dios le haya perdonado, y se le dió sepultura en frente de la *almosela* (oratorio) que hay á la salida de Bab-ex-Xeria (Puerta de la Ley). Dejó dos hijos, Yusuf y Ahmed, cuyos descendientes residen ahora en Fez, pues cuando visité esta ciudad el año 1037 (1627) hice amistad con su familia, de la cual algunos miembros se hallaban reducidos á la necesidad de vivir de los fondos de los faquires y mezquinos, siendo contados en el número de los mendigos. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios.» V. Analectas, II, 2.ª parte, p. 814.

hasta el punto de tener que abandonarla muchos de sus moradores. Con este motivo regresó á Andalucía gran parte de los que se habían ido á aquella población, y habiendo participado á los musulmanes, sus hermanos, lo que pasaba, les retrajeron de emigrar, resolviendo quedarse y hacerse mudéjares.

En adelante no llevaron los cristianos á nadie al África que no pagara pasaje y el diezmo de su caudal.

Luego que el rey de los cristianos vió que los musulmanes no emigraban y por el contrario que se hallaban decididos á permanecer en sus hogares, resolvió romper las capitulaciones, como lo hizo, en efecto, cláusula tras cláusula, hasta concluir con todos ellas. Dejose de proteger á los musulmanes, á quienes se miró con menosprecio y desdén, y tratándoles los cristianos con fueros de dominadores, los sometieron á leyes tiránicas y les recargaron los tributos. Prohibióseles el llamamiento á la oración desde las torres de sus mezquitas y se les expulsó de la ciudad de Granada á los arrabales y alquerías, á donde se retrajeron envilecidos y afrentados. Tras de esto, y por el año de 904 (1498-99), se les invitó á abrazar el cristianismo, como así lo hicieron, cediendo á la violencia. Toda la Andalucía se hizo cristiana hasta el punto de no quedar en ella quien dijera: «no hay más Dios que Dios, Mahoma es el enviado de Dios», como no lo dijera ensu corazón ó á ocultas de las gentes. Pusieron los cristianos campanas en las torres, donde se había hecho el llamamiento á la oración, y colocaron en las mezquitas, donde se había ensalzado á Dios y leido

LÁMINA IV



Portada de la Real Capilla dentro la Catedral

J. Thomas [illegible]

el Alcorán, imágenes y cruces. «¡Cuántas lágrimas se vierten en la Andalucía! exclama al llegar aquí el autor de las *Narraciones*. ¡Cuántos corazones hay en ella, pasados de tristezas! ¡Y cuántos débiles y enfermos que no pueden emigrar y reunirse con los musulmanes, sus hermanos! El fuego inflama sus pechos, y su llanto corre á torrentes, al ver á sus hijos é hijas adorar la cruz y sus ídolos, comer carne de cerdo y muerta y beber vino, nefando vicio que termina con orgías y obscenidades, sin que les sea dado resistirlo, evitarlo ni rechazarlo, pues, el que se atreve á hacerlo, es castigado con el mayor de los castigos y penado con la más cruel de las penas. ¡Oh qué calamidad sin igual en amargura! ¡Oh qué incomparable desastre! ¡Oh qué grandísima desdicha! ¡Quién sabe si Dios trocará su aflicción en consuelo y salida de un peligro!

Léese en Almaccarí que entre los pretextos, aducidos por los cristianos para hacer abjurar á los musulmanes su religión, se contaba el especioso de decirles: «Tu abuelo era cristiano y se hizo musulmán; pues hazte tú ahora cristiano.»

Cuando se hicieron públicos estos procedimientos se alzó el Albaicín contra sus gobernadores y les dió muerte; pero de aquí se tomó pié para apremiarles con medidas más rigorosas á abjurar de su fe, diciendo á los musulmanes: «El rey ha dictado una orden por la cual todo el que se rebele contra sus gobernadores es condenado á muerte, á menos que inmediatamente se haga cristiano; así pues, elige entre morir ó hacerte

cristiano.» Es de notar que los musulmanes que se quedaron en Andalucía, aunque cristianos en la apariencia, no lo eran en sus corazones, porque adoraban á Allah en secreto y hacían sus oraciones y abluciones en las horas acostumbradas.

Muchos de los musulmanes andaluces, negándose á abjurar, se levantaron en armas. Tal sucedió con los habitantes de la alquería de Huéneja, de la Alpujarra, de Andarax y de Belefique. Pero habiendo reunido el rey cristiano sus huestes, marchó contra ellos, cercó y se hizo dueño por la fuerza de todos aquellos lugares, después de sangrientos combates, de dar muerte á los hombres, apoderarse de su hacienda y reducir al cautiverio á sus mujeres é hijos, á quienes hizo cristianos. Por su parte los habitantes del Algarbe andaluz, que igualmente habían resistido á cristianizarse, se retiraron con sus mujeres y riquezas á las fragosidades de los montes, en que se hicieron fuertes. Congregado su ejército, marchó el rey cristiano contra ellos, esperanzado de reducirlos; pero cuando se acercó á donde estaban y se resolvió á atacarlos, frustró Dios sus esfuerzos haciéndole retroceder derrotado con gran número de muertos, entre ellos el señor de Córdoba (1) y otros muchos de sus caballeros y condes. En vista de este desastre y persuadido de que no los podía dominar por la fuerza, se ofreció á darles seguro para que se fuesen á África. Aceptada la oferta, y sin haberles consentido llevar

(1) D. Alonso de Aguilar.

consigo otra cosa de sus riquezas que sus vestidos, pasaron á la vecina costa. Después de esto, nadie pensó en levantarse apellidando el Islam. Extendida la infidelidad por todas las ciudades y lugares, acabó por extinguirse el islamismo en Andalucía. Ciertamente, dice terminando su crónica el autor de las *Narraciones*: «Nosotros pertenecemos á Dios y á él volveremos.—Todo esto estaba escrito en el libro del destino por decreto inmutable del Altísimo.

LEOPOLDO EGUILAZ YANGUAS.





TRES CARTAS.

Al Sr. D. Nicolás M.ª López:
en Granada.

Mi querido señor: He recibido la atenta carta de Ud. del 20 de noviembre de 1891, en la cual me dispensa la honra de convidarme para que escriba algo relacionado con Granada, á fin de insertarlo en el número extraordinario del Boletín que ese *Centro Artístico* prepara en celebración del Cuarto Centenario de la conquista de la ciudad.

No sé de este asunto más que lo que rezan las historias generales de España, de modo que nada de bueno ni de nuevo puedo decir á los ilustres literatos que gozan las provechosas aguas del divino Genil.

Entre mis papeles hallo tres cartas originales é iné-

ditas que nombran á Granada, pero que no contienen cosa de interés ni de importancia. Son documentos viejos é inútiles, como verá Ud. en las siguientes copias:

Año de 1460.=Carta de Don Juan de Guzman, I Duque de Medina Sidonia.

†

Alcayde amigo: oi de la fecha de la presente, me escribió mi primo, señor el Conde de Cabra é así mesmo á esta cibdad, como él, por mandado del Rey mi señor, tiene asentado sobreseimiento de guerra con el rey é moros del reino de Granada por tiempo de tres meses que se cumplen en fin de marzo primero que viene deste año presente de mill é quatrocientos é sesenta años, rogandonos que lo ficiésemos saber á nuestras villas é castillos porque se guardase. Por ende, yo vos mando que lo fagades asi pregonar publicamente por esa mi villa, para quel dicho sobreseimiento se guarde hasta en fin del dicho mes de marzo, segund vos tengo enviado mandar. E enviad esta carta al alcayde é concejo de la mi villa de Vejer con persona de recabdo, para que semejante de ay sea. Dios vos dé su gracia. De Sevilla á diez é nueve de enero de mill é cuatrocientos é sesenta años.

El Duque (firma autógrafa.)

(Sobre) † A Bartolomé de Basurto, mi criado é mi alcaide, é alcalde, é alguacil mayor de la mi villa de Medina Sidonia.

Año de 1487.=Carta de Doña Leonor de Mendoza, II Duquesa de Medina Sidonia.

†

Concejo, alcaide, alcaldes, alguaciles, regidores é jurados, cavalleros, escuderos, oficiales, omes buenos de la mi cibdad de Medina Sidonia: Sabed quel Rey é la Reyna nuestros señores, me escribieron faciendome saber como, mediante la gracia de nuestro señor, el Rey mi señor tiene acordado de entrar poderosamente en el reino de Granada este verano que viene, é màndádome que para ello yo estoviese presto para ir á me juntar con sus altezas á quince de mayo primero, al logar do sus altezas me escribieren. E porque para ello conviene que yo vaya acompañado con toda la gente de mi casa é tierra, que para ello mando apercibir, yo vos mando que luego fagais apercibir, é tener prestos todos los cavallos de contia desa mi cibdad, é vosotros asi mesmos lo esteis, por manera que al tiempo que vos lo yo embiare mandar podais partir é partan todos para me acompañar, é así cumplir lo que sus altezas mandan. E porque yo he sabido que muchos de los dichos cavallos de contia están descabalgados, faced que todos se cavalguen é esten á punto é apercibidos é armados para el dicho tiempo, porque todo vaya conmigo é ninguno no tenga causa de poderse excusar. E non fagades ni fagan ende al, sopena de la mi merced é de diez mil maravedis para mis obras á cada uno que lo contrario ficiere. Nuestro señor vos aya en su...... De mi...... á seis denero de mill

é quatrocientos é ochenta é siete años. Y porque el Duque mi señor..... en disposición de poder firmar de su mano á causa de su dolencia........ que firmase esta y las otras.

La Duquesa (firma autógrafa.)

(Sobre). † Al concejo, alcaide, alcaldes, alguaciles, regidores, cavalleros, escuderos, oficiales é omes buenos de la mi cibdad de Medina Sidonia.

Año de 1490.—Carta de Don Enrique de Guzman, II Duque de Medina Sidonia.

†

Concejo, alcaide, alcaldes, alguaciles, regidores, cavalleros, escuderos, oficiales é omes buenos de mi cibdad de Medina Sidonia. Ya sabeis como por otra mi carta vos envié mandar y apercibir que hiciésedes aparejar cierta gente de cavallo y de pié y bestias de carga, que á esa mi cibdad cupo en el repartimiento que á toda mi tierra mandé echar para ir conmigo á Granada. Y porque agora su alteza ha deliberado y determinado, con la gracia de nuestro señor, de ir personalmente á la dicha cibdad, y así mismo yo voy con su excelencia en persona, yo vos mando que luego á la hora questa mi letra recibais, entendais luego en aparejar toda la dicha gente de cavallo é de pie y bestias de carga, que por la otra mi carta que allá teneis vos envié mandar, sin que cosa dello falte. Y mi-

rad que pues yo voy, y en esto ya se concluye la guerra y la gente descansará, que la gente que de ahi viniere sea muy buena, y muy bien encavalgada y bien armada, y ningun principal no se exima ni quede, quier sea oficial ó no, porque es cierto que será muy bien castigado en su persona y bienes quien pensare de se quedar. Y hago os saber, porque veais cuanta diligencia os conviene poner, que habeis de ser en el Arahal á vos juntar conmigo á doce del mes de mayo que viene. Por tanto en al no se entienda. Nuestro señor os haya en su guarda. De Sevilla XXI de abril de mill é quatrocientos é noventa años.

El Duque (firma autógrafa.)

Por mandado del Duque.
Iohan de Horibuela.

(Sobre) En blanco.

Si estas copias pueden servir de algo, lo celebraré mucho; pero celebraré más todavía la prueba de franqueza que Ud. me suministre fallando que los documentos son tan malos como buena la voluntad de su atento servidor de Ud.,

q. l. b. l. m.,
El Doctor Thebussem.

Medina Sidonia, diciembre 1891.



LA TORRE DEL ACEITUNO.

«Olivo y aceituno todo es uno.»
(Refrán español.)

Uno de los parages más poéticos y notables que comprende Granada en sus pintorescos é incomparables contornos lo es sin duda la cumbre donde hoy gallardamente se levanta la ermita del glorioso Arcangel San Miguel, como atalaya y baluarte defensor del religioso pueblo granadino. Desde aquella altura los ojos del cuerpo se dilatan con embeleso por los paisages más deliciosos y variados, y desde allí también la vista del espíritu se recrea con numerosas é interesantes memorias de las edades pasadas.

Desde aquella cumbre se descubren y gozan cuantas delicias la naturaleza y el arte han derramado á competencia en el privilegiado suelo y territorio de Granada: las altas y encadenadas sierras que limitan el

vasto horizonte, las nieves perpetuas del antiguo monte Solorio, los floridos cármenes que festonean los collados, los opacos sotos y verdes alfombras de la Vega recamados de aljofar por el Xenil, las gargantas y espesuras que fertiliza el Darro, las apiñadas calles de la populosa ciudad, las cúpulas y torres de cien templos cristianos y los encumbrados alcázares de Romanos y de Moros.

Si á costa de alguna fatiga, mas con incesante recreo de nuestros ojos, trepamos á aquella atalaya, se embelesarán nuestros sentidos y tal vez se disipará nuestro espíritu, contemplando, entre otras delicias, la risueña amenidad del valle de la Salud ó de *Valparaiso*, con su salutífera fuente del *Avellano*, comparada por Chateaubriand á la de *Valclusa* celebrada por Petrarca; los empinados vergeles del *Genalarife* (1), y á través de frondosos y altivos álamos los gigantescos torreones y calados aposentos de la Alhambra, que un poeta moderno ha llamado

«Alcázares dorados
Misteriosamente alzados
Del placer para mansión.»

Mas ¿dónde están aquellos innumerables palacios y lugares de recreo que en otro tiempo formaron el encanto y solaz de los regocijados Moros granadinos y merecieron tantos elogios á los poetas y descriptores de aquella gente? ¿Qué se ha hecho del excelso alcá-

---

(1) Así debiera escribirse este nombre corrompido hoy en Generalife.

zar de Darlarosa encumbrado sobre el cerro del Sol? ¿Qué se han hecho los ricos *Alixares* «labrados á maravilla»

«Con las pintadas labores
De sus paredes de encage?» (1)

¿Qué se han hecho los deleitosos jardines del *Haxariz*, y la célebre *Casa del Gallo*, y los frescos cármenes de *Ainadamar*, y tantas otras recreaciones y remedos del paraiso terrenal erigidos á inmensa costa por el sensualismo mahometano? Perecieron juntamente con sus señores, y hoy al buscarlos con los ojos desde esta cumbre, solo encontramos ruinas y escombros y yertas memorias de los sitios en que estuvieron.

Empero á falta de estos monumentos del materialismo musulmán, el alma cristiana se goza en cuadros é imágenes de no menor belleza, pero más acomodados á la condición del religioso edificio á cuya puerta nos encontramos: lugar que elevándose sobre las delicias y negocios del mundo, fué erigido desde remota edad para tributar culto á Dios. «Al pié (de aquel santuario) hacia el Poniente, como escribe un docto ilustrador de los monumentos granadinos (2), entre las casas que rodean la falda del cerro, sobresale una cruz gótica entre seculares cipreses de troncos carcomidos y despobladas ramas: son los únicos restos de un antiguo panteón árabe bendecido después por los

(1) Versos de un romance morisco.

(2) Jimenez Serrano, pág. 374.

sacerdotes cristianos. La cruz se llama *La Cruz de la Rauda* (1) y lo mismo la plazuela. Más abajo, entre las pintorescas ruinas del Albaicín, y descollando sobre sus moriscas murallas y cercas, se destacan las moles de varios templos cristianos que han sobrevivido á la despoblación mayor cada día de aquel vasto arrabal, y asaltan á la imaginación los recuerdos de la antigua Ilíberis, de quien tantas inscripciones se han encontrado en aquel espacio. Allí se nos representan las memorables sesiones del famoso concilio nacional celebrado á principios del siglo IV de nuestra era; allí los piadosos hijos de aquella ciudad ilustre que educados por San Cecilio en la fe católica, la conservaron con gran entereza durante las persecuciones gentílicas y mahometanas, y más de una vez acorralaron á los Arabes fortificados en la frontera torre de la Vela. A espaldas de la ermita de San Miguel se descubre otro santuario católico muy celebrado en la antigüedad por sus venerados Mártires, á que debió el nombre de *Monte Sacro*, y en nuestros días por el gran establecimiento de religión y de enseñanza fundado por el insigne arzobispo de esta diócesis D. Pedro de Castro. Finalmente, desde esta cumbre, como desde todo el recinto y circuito de Granada, se descubre la iglesia de Santa María de la Alhambra, erigida sobre el asiento de la antigua mezquita mayor de aquel real sitio y que descuella majestuosa y triunfadora sobre el suntuoso alcázar de los sultanes Nazaritas.

---

(1) Esta voz significa jardín y cementerio.

Pero ¿qué sabemos de la antigua Torre del Aceituño y cuál es la razón de tal nombre conservado desde tiempo inmemorial en esta altura? Estas noticias solamente las hallaremos en los autores arábigos que en sus libros han conservado, más ó menos exacta y circunstanciadamente, no pocas tradiciones y recuerdos de la antigua España cristiana. De lo que hemos hallado en tales escritores se colige que desde remota edad los cristianos de la antigua Ilíberi (situada según la opinión más probable en las alturas de la Alcazaba sobre la orilla derecha del rio Darro), prendados de la soledad y belleza de este parage, erigieron en esta cumbre un templo que logró subsistir durante los primeros siglos de la dominación sarracénica. A que lo respetase la morisma debieron contribuir los prodigios que allí se verificaban y los beneficios que cristianos y muslimes recibían del cielo por medio de una fuente y olivo maravilloso que había en el recinto de aquel santuario: á este olivo, pues, debió aquel edificio el nombre de *Iglesia del Olivo (Canisat-az-Zeituna)* con que lo conocieron los Árabes y cuya fama llegó hasta el Oriente. Pero oigamos á sus escritores. En el libro de las *Maravillas de las cosas criadas*, escrito por el célebre Alcazwini, autor oriental del siglo XIII, pero bajo el testimonio de otro granadino que floreció en el XII, se lee el siguiente relato.

La fuente de Granada. Dice Abu Hámid el Andalusi (1), que en las cercanías de Granada, de la tierra de

(1) Escribía en 1162.

España, hay una iglesia y en ella una fuente y un olivo, á donde la gente se dirige, así como tambien á la fuente, en cierto día del año: en cuyo día, al nacer el sol, la fuente mana copiosamente y aparecen en el arbol las flores, cuajando luego las aceitunas que van engordando y ennegreciendo durante el día. Los concurrrentes toman cuanto pueden de aquellas aceitunas y del agua de aquella fuente, guardando lo uno y lo otro para remedios».

Acerca del olivo prodigioso y de su situación, otro escritor arábigo, cuyo nombre desconocemos, autor de un tratado de *Geografía* que posee manuscrito el Sr. D. Pascual de Gayangos, después de celebrar las maravillas que se verificaban en su tiempo en el Monte Sacro, añade lo que sigue:

«Y en este monte, cerca del mencionado castillo, está el olivo de quien dice la gente que florece y cuaja y sazona sus frutos en el mismo día; pero no es (exactamente) como pretenden. Dice el autor: «Yo he contemplado este aceituno, que está cerca del castillo llamado Sacro y se compone de dos ramas, la una encorvada y la otra derecha, y ambas se encuentran al pié de un edificio elevado. Yo visité dicho aceituno en el día de la Anzara (1), en cuyo día se reune mucha gente á su alrededor, y en él vi granos de aceitunas, como los que hay en toda la tierra en el mencionado día, sin más diferencia sino que al elevarse el sol, estaban verdes y al medio se pusieron blanquecinas y á

(1) Es decir, la fiesta de San Juan Bautista.

media tarde apareció en ellas un poco de rubicundez, en cuyo estado la gente las arrebató á porfía, y si las hubiesen dejado estar hasta el fin del día, acaso se hubiesen puesto negras. Y dicen los naturales del pais que en los tiempos pasados, bajo el gobierno de los Umeyyas y de los régulos de Taifas en España, no se permitía á la gente que cogiesen aquellas olivas, y no llegaba la noche sin que se hubiesen ennegrecido del todo. Y esto en suma es lo que he visto acerca de tal olivo.»

En cuanto á la situación de este olivo, no puede dudarse que estuvo en uno de los collados que dominan á Granada, y seguramente en este donde aún se conserva el nombre de *Torre del Aceituno*. El referido autor anónimo de Geografía afirma terminantemente que el tal olivo estaba cerca del collado y castillo de *Monte Sacro,* cuyo nombre se ha conservado hasta hoy en el Sacro Monte. Además Abu Hámid, citado por Alcazwiní é Ibn Awardí, lo pone en las cercanías de Granada y junto á la fuente de este mismo nombre. Ni vale alegar que según otros autores también españoles mencionados por Alcazwiní, el olivo prodigioso estaba en Segura de la Sierra (provincia de Jaen) ó en Lorca (provincia de Murcia), porque á estas autoridades parece preferible la de Abu Hámid, por ser granadino y por dar señas más puntuales y precisas acerca de su situación. Á nuestro entender todos los autores referidos tienen razón, y así en Granada como en Lorca y en Segura de la Sierra, hubo otros tantos olivos maravillosos,

13

vástagos del famoso de San Torcuato en Guadix, en quien solía verificarse semejante prodigio, aunque no en la fiesta de San Juan, sino en la del Santo Apostólico, según consta por respetables documentos. (1) Desde allí la piedad de los devotos de San Torcuato facilmente pudo transportar vástagos de aquel virtuoso olivo á la cumbre de San Miguel el Alto, próxima á la puerta de Guadix y á los pueblos de Segura y Lorca, situados cerca de la antigua vía romana que ponía en comunicación á Ilíberis (Granada) con Acci (Guadix) y Cartago Nova (Cartagena). Y se puede creer piadosamente que Dios quiso premiar á dichos devotos, concediendo á las ramas transplantadas por ellos la propia virtud y un prodigio semejante al que se verificaba en Guadix sobre el sepulcro del Santo Apostólico.

Ignoramos hasta cuándo subsistió la Iglesia del Olivo prodigioso con su arbol y su fuente: probablemente permaneció hasta fines del siglo XII, ó principios del XIII, en cuyo tiempo el fanatismo de los Almohades acabó con la cristiandad mozárabe de Granada. Lo que sabemos es que al cabo de más ó menos tiempo la iglesia fué reemplazada por una rábita ó ermita mahometana, que subsistió hasta los últimos días de la dominación sarracénica, y que conservando la memoria del famoso olivo, se llamaba al tiempo de la reconquista la *Torre del Aceituno*. Esta rábita, que reunía

(1) Publicados por el P. Florez en el tomo III de la *España Sagrada*.

el doble caracter de mezquita y fortaleza, y era una de las principales defensas del Albaicín, tenía un alcaide dependiente de la alcaidía mayor de la Alhambra y que al tiempo de la entrega lo era un capitán moro llamado Chawad. Así consta por el real título que los señores Reyes Católicos expidieron en Santafé el día 4 de Marzo de 1496, á favor de Juan de Sotomayor Joad, caballero moro y alcaide de la Torre del Aceituno, confirmándolo en este puesto por haberse convertido á nuestra santa fé católica y prestado servicios en la conquista de este reino. (1)

También ignoramos qué advocación tuvo, es decir, á qué Santo estuvo dedicada la antigua Iglesia del Olivo prodigioso. La devoción y culto al Arcangel San Miguel empezaron en aquel lugar en la segunda mitad del siglo XVII. Durante el XVI y parte del siguiente, este monte fué conocido vulgarmente por el *Cerro de los Diablos*, habiendo recibido este nombre por las continuas y furiosas tempestades que se formaban sobre su cima, inundando las laderas y barrancos próximos y produciendo repetidos estragos. Desaparecieron á su ímpetu las casas y huertas vecinas á la torre, y esta se hizo albergue de malhechores. Para remediar este daño, algunas almas piadosas impetraron el favor del cielo por la especial interce-

(1) En este y otros puntos relativos á la parte moderna del presente ensayo hemos seguido el curioso opúculo titulado *Breve noticia histórica del glorioso Arcangel San Miguel nombrado el Alto, situado en la Torre del Aceituno de esta ciudad, sacada de su archivo y varios autores* por F. C. y T. Granada, 1872.

sión del Príncipe de las milicias celestiales; y según autorizada tradición, el glorioso Arcangel San Miguel se apareció sobre el cerro á un devoto suyo, prometiéndole que cesarían los males que se experimentaban en aquel sitio si se erigiese allí un santuario dedicado á su nombre. También se asegura que aquella misma persona, dando cuidadosamente al célebre escultor Bernardo de Mora las señas de la imagen celestial que se le había aparecido, le inspiró la bellísima estatua de San Miguel, que desde entonces es admirada y venerada por los vecinos del Albaicín y de toda la ciudad.

Gracias á esta aparición, la devoción á San Miguel se aumentó mucho en el pueblo granadino, y derribada la vieja rábita del Aceituno, en el mismo asiento de la antigua iglesia cristiana se levantó una ermita dedicada al glorioso Arcangel, por lo cual el Cerro del Diablo, libre ya de las pasadas tormentas é inundaciones, empezó á llamarse el *Monte de los Ángeles*, aunque posteriormente prevaleció el nombre de Cerro de San Miguel el Alto. La obra de esta ermita empezó en 1671, á expensas del piadoso arzobispo D. Diego Escolano y Ledesma; y como este muriese al siguiente año, la prosiguió á su costa el licenciado D. Luis de Luque, Cura propio de las iglesias parroquiales unidas de San Luis y San Gregorio. Celebrose allí la primera Misa y fiesta en 23 de Septiembre de 1673; pero la hermosa escultura de Mora no se colocó hasta igual día de 1675. Este santuario recibió después varias ampliaciones y mejoras, especialmente

en el año de 1753, en que se concluyó su capilla mayor, y fué muy frecuentado por la piedad del pueblo granadino, permaneciendo así hasta el año de 1810, en que las huestes napoleónicas invadieron esta ciudad y convirtieron el santuario en fortaleza, que al fin volaron y arruinaron vandálicamente, al retirarse en 12 de Septiembre de 1812.

Afortunadamente el pueblo granadino, siempre devotísimo de su celeste valedor, no tardó en reparar aquella ruina, empezando á levantar de cimientos en el mismo lugar y en forma de cruz latina la actual ermita, cuya sencilla y elegante fábrica se terminó en Abril del año 1828, costeada en su mayor parte por el Ilmo. Sr. D. Blas Joaquín Alvarez de Palma, dignísimo arzobispo de esta archidiócesis. Por último, en 1884 el camarín de San Miguel fué ampliado y embellecido considerablemente á expensas de algunos de sus cofrades y devotos, y principalmente del Excelentísimo é Ilmo. Sr. D. Bienvenido Monzón y Martín, que á la sazón regía felizmente la diócesis de Granada y que era devotísimo del Santo Arcangel.

Como hemos dicho, el religioso pueblo granadino profesa gran afecto y devoción á esta santa imagen y acude con fervor á su santuario en sus necesidades y en otras ocasiones solemnes. Entre las demostraciones que hemos presenciado de semejante devoción, no podemos olvidar la lucidísima procesión en que, para celebrar el XXV aniversario del glorioso pontificado de Pio IX, y con tanto júbilo de los buenos católicos como rabia de los impíos, el pueblo de Gra-

nada condujo la imagen del Arcangel San Miguel desde su ermita hasta la santa Iglesia Catedral, el día 18 de Junio de 1871.

Tantos y tan interesantes son los recuerdos que el alma cristiana encuentra en esta elevada cumbre, donde la antigua cristiandad iliberitana tuvo un famoso santuario, y donde la moderna Granada ha visto renovarse con la aparición y culto del glorioso Arcangel San Miguel las maravillas del monte Gárgano en la Apulia y del *Mont-Saint Michel* en la Normandía.

F. JAVIER SIMONET.





UN PRESENTE DE HIGOS

RETRASANDO MÁS DE MEDIO SIGLO LA TOMA DE GRANADA.

ORRÍA el año 1431 y mediaba el azaroso reinado del débil D. Juan II de Castilla, cuya voluntad era esclava del célebre D. Álvaro de Luna, su omnipotente favorito. Acalladas un tanto las discordias é intestinas guerras de continuo movidas por los turbulentos infantes de Aragón, y partidos estos para sus tierras con la ambición por entonces satisfecha, pareció á D. Álvaro era ocasión propicia de reanudar la guerra del moro, inclinando en tal sentido el ánimo del rey, á quien plació muy mucho la idea.

Así resuelto, D. Juan, después de haber ido á Segovia, donde estaba su hijo, y á Madrigal, donde se encontraba la reina, fué á Salamanca y reunió allí los procuradores de cortes, á quienes consultó sobre los auxilios con que habían de asistirle para la guerra

que meditaba. Recibida por aquellos muy graciosamente la proposición, ofrecieron cuanto sus ciudades y villas podían, acordando desde luego servir al monarca con cuarenta y cinco cuentos, para lo cual se repartieron quince monedas y pedido y medio.

Después de estos acuerdos se retrasó un tanto la entrada por tierra de moros á causa de las segundas nupcias contraidas entonces por D. Álvaro con la noble y apuesta señora D.ª Elvira Pimentel, hija del conde de Benavente; mas, no bien terminadas las solemnidades de este nuevo himeneo, realzado por el padrinazgo del monarca castellano, arrancándose el ya condestable D. Álvaro á los halagos de su bella desposada, y dando de mano á las intrigas, regalos y asistencia de la córte, reunió y armó la gente de su casa y marchó á Córdoba, donde se le unieron los capitanes ó adelantados de la frontera con sus respectivas huestes. Al frente, pues, de cinco mil peones y tres mil caballos entró por tierras de Granada, hacia la parte de Íllora, talando y quemando cuanto encontraba en su camino. Era el propósito reducido á un alarde preliminar que allanase el camino para la grande entrada que D. Juan haría después con todo el golpe de las fuerzas de Castilla, una vez fenecidos los negocios que á este retenían en Palencia; y D. Álvaro cumplió el objeto que se proponía, llegando á sentar su campo en un cerro de la misma vega, desde el cual envió un mensaje al Rey de Granada retándole al combate, lo que el moro excusó. Por ello, después de causar gran daño en pueblos y caseríos próximos á

LÁMINA V



Sepulcro de los Reyes Católicos en la Capilla Real

Fot.ª J. Thomas & Comp.ª—Barcelona.

que meditaba. Recibida por aquellos muy graciosamente la proposición, ofrecieron cuanto sus ciudades y villas podían, acordando desde luego servir al monarca con cuarenta y cinco cuentos, para lo cual se repartieron quince monedas y pedido y medio.

Después de estos acuerdos se retrasó un tanto la entrada por tierra de moros á causa de las segundas nupcias contraidas entonces por D. Álvaro con la noble y apuesta señora D.ª Elvira Pimentel, hija del conde de Benavente; mas, no bien terminadas las solemnidades de este nuevo himeneo, realzado por el padrinazgo del monarca castellano, arrancándose el ya condestable D. Álvaro á los halagos de su bella desposada, y dando de mano á las intrigas, regalos y asistencia de la córte, reunió y armó la gente de su casa y marchó á Córdoba, donde se le unieron los capitanes ó adelantados de la frontera con sus respectivas huestes. Al frente, pues, de cinco mil peones y tres mil caballos entró por tierras de Granada, hacia la parte de Íllora, talando y quemando cuanto encontraba en su camino. Era el propósito reducido á un alarde preliminar que allanase el camino para la grande entrada que D. Juan haría después con todo el golpe de las fuerzas de Castilla, una vez fenecidos los negocios que á este retenían en Palencia; y D. Álvaro cumplió el objeto que se proponía, llegando á sentar su campo en un cerro de la misma vega, desde el cual envió un mensaje al Rey de Granada retándole al combate, lo que el moro excusó. Por ello, después de causar gran daño en pueblos y caseríos próximos á



[illegible] de [illegible]

su campo, volvió Genil abajo, hacia Loja y Archidona, cuyos alrededores taló y estragó también, sin que los moros de ambos pueblos osasen oponérsele más que con ligeras escaramuzas. De vuelta á Antequera, donde pensaba provisionarse para devastar en seguida las tierras de Málaga, no realizó su intento por la mala voluntad del peonaje que comenzó á desertar en vista de la escasez de provisiones, cayendo él, además, doliente de gravedad tanta que hubo de recibir los Sacramentos.

Pasada, con estos contratiempos, la oportunidad de la expedición á Málaga, marchó el condestable desde Antequera á Écija, y enderezó hacia Córdoba, donde ya se encontraba el Rey con gran golpe de gente y toda la nobleza castellana. En el castillo de Alvendin, ocho leguas de Córdoba, juntó el favorito su hueste á la de D. Juan, y ambas se precipitaron sobre el reino de Granada, cuya destrucción parecía segura, dado el poder de armas y la multitud de gentes que guiaba el pendón de Castilla. Contáronse, en efecto, sobre ochenta mil hombres de guerra, y entre ellos hasta diez mil ginetes, todos ansiosos de vencer ó morir por la cruz y por la patria ante los ojos de su rey, quien ganoso de gloria, dió treguas á su habitual indolencia, y ordenó prestamente las haces, que bajo el mando superior de D. Álvaro, llevaban por capitanes guerreros tan esclarecidos como D. Diego Rivera, D. Juan Ramírez de Guzmán comendador mayor de Calatrava, el conde de Haro, Fernán Gómez señor de Valdecorneja, el conde de

Ledesma, D. Enrique de Guzmán conde de Niebla, los Obispos de Palencia y de Osma, mejor avenidos con los arreos de combate que con sus luengas vestiduras, y el célebre D. Iñigo López de Mendoza, que, si bien no bajó á la Vega por quedar enfermo en Córdoba, mandó su gente y pendón bajo la conducta de su sobrino Gómez Carrillo de Albornoz.

En 26 de Junio de aquel año (1431) se realizó esta memorable entrada, causando tantos daños, estragos y talas que más que ejército parecia devastadora plaga que todo lo arrasaba. Hízose primero el real en Moclin, después en Mallerena, y, por último, se asentó en la misma falda de Sierra Elvira, donde, como base de operaciones, D. Álvaro le hizo cercar de un fuerte y dilatado palenque. Desde el 27 al 30 de Junio no cesaron las alarmas, sorpresas y escaramuzas, en las que lució la bravura castellana, retirándose siempre los moros á guarecerse en la ciudad. Reinaba entonces en ésta el tantas veces repuesto y destronado Mahomad, el Izquierdo, quien, apretado por las circunstancias, esforzó el ánimo y se preparó á la defensa, retrayendo á la ciudad toda la gente de los campos y apercibiendo para el combate cuantos hombres halló á mano.

Resultó el choque formal de ambos ejércitos al otro dia, que era 1.º de Julio de 1431, dándose la memorable batalla de la Higuera, que así se llamó por encontrarse una corpulenta en el sitio donde fué más recio el combate. Principia éste por un reencuentro entre las huestes de los condes de Niebla y Castañeda y to-

do el ejército moro, y se generaliza cuando, socorridos los condes por D. Álvaro, no desmayando aun el musulmán, entró el Rey con todo el grueso del ejército, en batalla, desplegadas las banderas y rodeado de sus grandes y capitanes. El choque fué rudo, y el resultado permaneció incierto hasta muy entrada la tarde, en que los moros comienzan á ceder, declarándose á poco en precipitada fuga para acogerse en los muros de la ciudad, hasta los cuales fueron perseguidos por los ginetes castellanos. En este alcance de los fugitivos y durante el combate perdieron los moros sobre veinte y tantos mil hombres entre muertos y heridos, pues la matanza continuó hasta bien entrada la noche, y á este estrago se agregó la toma y saco del real moruno y la devastación de las alquerías y caseríos más próximos á Granada.

Alcanzada tan decisiva victoria, con sorpresa de prelados, consejeros, capitanes y demás gente de guerra, el ejército levanta sus reales y retrocede á Córdoba sin hacer otra cosa de momento. ¿Por qué está intempestiva retirada, cuando todo parecía convidar á la embestida de la ciudad, concluyendo allí mismo con el poder musulmán en España? Alentado espíritu del castellano recien victorioso, decaimiento del vencido sarraceno, apropiada época del año para acampar, fértiles huertas cuyos sazonados frutos brindaban al ejército invasor, y decisión absoluta del monarca ansioso de ilustrar su reinado con hecho de tal cuantía; todo ello no fué parte á evitar una retirada que solo se explicó entonces por la circunstancia que

apuntamos cual epígrafe de estos desaliñados renglones.

En efecto, á los dos días de la precedente batalla, los moros remitieron un presente de higos á D. Alvaro, quien, aquella misma noche, decidió, en el Consejo del Rey, la retirada, so pretexto de que el país estaba agostado y era difícil y costosa la traida de provisiones. El vulgo maleante dió, sin embargo, más fuerza que á estas especiosas razones, á una fuerte suma de oro que, con los higos y oculta bajo ellos, recibió el condestable, cuya voluntad omnipotente, así grangeada por el cohecho, prevaleció frente á la del Rey y los nobles, deseosos de ultimar la campaña con la conquista de Granada. Por nuestra parte, ni afirmamos ni negamos tan gravísima imputación á la probidad de D. Álvaro, asegurando solo, puesto que el obsequio de la fruta existió, que un presente de higos vino á retrasar sesenta y un años el acontecimiento glorioso que hoy conmemora Granada y España entera.

EDUARDO GARCÍA SOLÁ.





UN MONUMENTO A LA RECONQUISTA.



ESTÁN de moda los centenarios, y cierto que bien mirado es de celebrar. No sobra, en días de tan honda postración moral como los presentes, el hacer que los pueblos levanten los ojos á las cosas grandes. Pero si todo se ha de ir en pólvora, toros y telones pintados, entonces vale más dejarse de centenear. Tanto monta esto como festejar á los santos del cielo dando las espaldas al tabernáculo y visitando fervorosos las tabernas. Ahora tenemos en puertas el tercer centenario de la Reconquista, y en poco ha estado que todo quedase en los consabidos versos de circunstancias, que hubieran venido á porrillo, y en relaciones de sucesos que de puro sobajados, con ser tan gloriosos hieden; y por fin y postre en toros y cañas. Se pensó

en un monumento á la Reconquista de Granada y al descubrimiento del Nuevo Mundo y la idea fracasó: ninguno de los proyectos era de recibo. Verdad que la culpa no fué tanto de los autores como de quien diera en imaginar el despropósito artístico de conmemorar á la vez con un solo monumento dos hechos entre los cuales maldita la relación que se encuentra. Y si añadimos que nuestros escultores de hoy, áun los primeros, no conciben lo monumental y lo grande, sino lo puramente decorativo y gracioso, se caerá en la cuenta de por qué el monumento queda por erigir. Aun bien que para hacerlo mal, no hacerlo; y si habíamos de tener aquí para perpétua ignominia la vera effigies del monstruo de Horacio, ó un desatino como el sepulcro ambulante y de quita y pon donde los restos del insigne genovés van á representar la famosa aventura del cuerpo muerto, entonces bien estamos así, y viva el monumento de nuestra Alhambra; que para estatuas como las de Concha, Espartero, Mendizabal, y otras por el estilo, aunque ayunemos de estatuas; y más que de aquellas cabe decir que para quien es padre buena es madre; pero á quien tan alta levantó á España y tanta gloria le dió, no les hemos de pagar con santirulicos de feria.

Pensóse después en una estatua á la Reina Católica: cosa más hacedera y puesta en razón de arte, porque esto se comprende bien; y un monumento á los Reyes Católicos donde se junten y concierten, atinadamente representadas, cuantas hazañas insignes realizaron se comprende tambien; lo que no es para

entendido ni para imaginado es conmemorar á la vez dos hechos sueltos, muy grandes, sí, pero sin punto por donde enlazarse. Digo, que se pensó después en lo que era posible, mas el tal pensamiento iba tras el fin del otro sin ventura; si por mal de sus pecados ó por su mala suerte, averígüelo Vargas. Mil plácemes á la comisión granadina que echó un cable al proyecto y cuando ya se ahogaba, con la fuerza que da la razón, vino á sacarle á flote. Tendrá al fin la Reina Católica su estatua; no es mucho, que anda ya el género por los suelos; pero mayor vergüenza fuera que no la tuviese. Y ahora, que lo que se ha comenzado bien se acabe mejor, y á procurar que la estatua, cuando no se mida por los merecimientos de la in signe princesa, se mida á lo menos por los términos del decoro.

Quiere Granada que de los centenarios quede memoria fructuosa y por ello merece encomio. Ha pedido para la hermosa capilla donde descansan los ínclitos reyes, tan necesitada de restauración; y ya que es hora de pedir, tambien pido yo que aquel convento de San Francisco, joya del arte arábigo, donde quisieron ser enterrados, se salve de inminente ruina. Con bien poco está hecho; entréguese á una comunidad religiosa, según fué su destino y la voluntad de los fundadores, y sin costo el monumento queda salvo. ¿Y no habrá alguna rebañadura, mas que se cercenen unos cuantos cientos de candilejas, para el otro sepulcro de Sán Jerónimo? Que lo devastaran los franceses, vaya en gracia; como quien eran hacían, que

no fué ello sino vengar cobardes en el muerto las palizas que les dió él vivo, sin que detuviera la mano profanadora y vandálica el recuerdo de aquel tributo de piedad que el gran Gonzalo rindió á los despojos del vencido duque de Nemours. Pero que españoles acaben lo que empezaron los franceses!.... Que al fin Gonzalo también asistió en Granada......

Bueno es acudir al Gobierno en demanda de ayuda, porque así se alcanza lo que las solas fuerzas de una ciudad no pueden conseguir. Se ha hecho, y lo aplaudo de corazón. Mas con pedir dinero á los altos poderes del Estado, Granada no salda su cuenta. Tiene nuestra ciudad deuda singularísima que solo ella puede satisfacer, y por ventura harto olvidada; que en fria soledad deja pasar cada año la conmemoración de la muerte de quienes tanto bien le hicieron; hoy solo recordada de la Iglesia, nobilísima cortesana de lo pasado. Pues á bien poca costa Granada tiene en su mano la satisfacción.

Sabido es que la Reconquista, comenzada por Pelayo, se consuma al izar en la Alhambra el estandarte de Castilla con la Cruz. La entrega de las llaves á los Reyes Católicos no pasó de ser la posesión simbólica. De modo que el hecho de la Reconquista, tan grande, que no tiene igual en la historia de pueblo ninguno, está entre dos cruces: la cruz de Pelayo y la cruz enarbolada por el gran Cardenal Mendoza. Pues este segundo momento solemne y venturoso, el más venturoso y solemne de nuestra vida nacional, con solo querer se puede conmemorar de suerte que por siem-

pre y como de bulto se ofrezca á los ojos para perpétua enseñanza y acicate del ánimo á no desmayar en ninguna empresa noble y generosa. Y tánto conseguido con bien poco. Un sencillo cuerpo de arquitectura ojival, que á la vez sirviese de espadaña de la campana de la Vela, sustentaría la cruz vencedora. En la dudosa autenticidad del guión de Mendoza, que se custodia en la insigne iglesia toledana, y desconocida tambien la cruz de plata del oratorio del Rey Católico, que al decir de otros autores fué la enarbolada, la cruz que se labrase pudiera ser fiel trasunto de la famosa y elegantísima que corona la portada del soberbio convento de San Juan de los Reyes, insigne fundación de los príncipes reconquistadores; con que tendria la primera condición de todo monumento histórico: sabor de época. Á los lados de la cruz se habría de representar el pendón de Castilla y el estandarte de la orden de Santiago por dos grandes escudos á los cuales el mismo pretil de la torre serviría de basamento. Semejante fábrica, ya en piedra, ya en bronce, según se estimase mejor, podría tener de costa, á todo poner, de veinte á treinta mil pesetas.

No he de pensar en el bochorno de que mezquindad como ella hubiera de regatearse, sino que, midiendo por mi corazón el de los granadinos, cierto estoy que nadie se ha de negar á salir con esta nadería de tamaña deuda de gratitud como la que tenemos que satisfacer. Hasta la misma sencillez del monumento excusaba de largos expedienteos y prolijas formalidades; y puesta mano á la obra, con un poco

de fé, para el Centenario de Colón quedaría terminado. Que con el concurso de España entera se erija un monumento á la bendita reina que quiso descansar en nuestro suelo como en su tierra más querida, sea cien veces en buen hora; pero no por ello dejemos de hacer cuanto en nosotros está, que al fin no será poco que hasta donde llegue el poder saldemos nuestra cuenta. Autoridades tiene Granada nunca sordas al llamamiento de toda idea generosa: á ellas me dirijo y á los granadinos todos, en quien la voz de la sangre es seguro que, como siempre, hablará tambien esta vez.

Fernando Segundo Brieva Salvatierra.

Granada 3 de Diciembre de 1891.





DEL LENGUAJE QUE HABLARON
LOS MOROS DE GRANADA.

STUDIO sumamente curioso é investigación muy propia para hacerse en la época en que ha de conmemorarse el centenario cuarto de la toma de Granada, es la referente al idioma que usaban los musulmanes en este suelo, cuando de él fueron arrojados por los Reyes Católicos de feliz memoria. Y decimos que semejante investigación es interesante, por lo mismo que son escasísimos los monumentos que nos han quedado del árabe vulgar *andalusi*, el que, si en un tiempo llegó á hablarse en toda la Península, no dejó rastro alguno de su pasada existencia, pocos años después de la expulsión de los moriscos.

A este propósito conviene advertir que así como de la afición que al cultivo de las letras profesaron los musulmanes del Andalus restan numerosos vestigios,

en las obras referentes á los diversos ramos del saber y de amena literatura que se conservan en las bibliotecas nacionales y extranjeras, del idioma vulgar ó hablado solo queda un solo monumento del siglo XI, que es la colección de poesías titulada *El Divan de Aben Cuzman*, obra de este poeta natural de Córdoba, y otro monumento del siglo XV que es la *Gramática* del P. Alcalá. En este interesante libro, que á su grande antigüedad reune la condición de haber sido impreso en Granada, puede estudiarse la lengua hablada por los moros granadinos, y apreciarse su estructura con las diferencias que le separan del árabe literal ó escrito.

La autoridad de esta valiosa obra es tanto más atendible cuanto que su autor nació en Granada algún tiempo antes de entregarse la ciudad á los Reyes Católicos, y por lo tanto la lengua árabe le era familiar, así como también aprendió perfectamente el castellano bajo los auspicios del primer arzobispo de Granada, que también le dispensó su protección para publicar el *Vocabulario.*

El libro del P. Alcalá realmente fué redactado con el piadoso fin de instruir en el cristianismo á los moriscos, pero después ha llegado también á llenar otro objeto cual ha sido mostrar la especial estructura del árabe vulgar de los moros granadinos.

La obra, que es uno de los más interesantes libros que produjo la imprenta en sus albores, se compone de dos partes; la primera titulada *Arte para ligeramente saber la lengua aráuiga, enmendada y añadida y*

segundamente imprimida, va precedida de un *Prólogo dirigido al reuerendísimo señor, don fray Hernando de Talavera* y es una gramática ó colección de reglas, y la segunda que lleva por título *Vocabulista arábigo en letra castellana,* es un pequeño diccionario, formado sobre la base del de Antonio de Lebrija, y dividido en dos partes; de las que en la primera van los verbos por orden alfabético y en la segunda los nombres.

Después viene el final ó terminación del libro en los términos siguientes:

«Fué interpretada esta obra y vocabulista de Ro»mance en Arábigo en la grande y muy nombrada »cibdad de Granada por Fray Pedro de Alcalá, muy »indigno fraile de la orden del glorioso doctor San »Gerónimo, contínuo familiar y confesor del V. se»ñor don Fray Fernando de Talavera, primero arzo»bispo de dicha cibdad y muy digno religioso de la »mesma orden: en el año del señor de mill é qui»nientos y un años. Fué impressa é acabada por Juan »Varela de Salamanca, impresor en la dicha cibdad »de Granada, á cinco dias del mes de Hebrero de mill »é quinientos cinco años.»

Del mencionado *Arte* del P. Alcalá pueden deducirse las diferencias que separaban al árabe vulgar hablado en Granada del literario ó escrito. Estas consistían en primer término en el uso de la pausa ó *wakf,* es decir en la supresión de todas las vocales últimas de las palabras y en el empleo de formas y accidentes menos complicados que aquellos que nos ofrece la gramática literaria. Ambas diferencias con respecto al

árabe literal son comunes á todos los dialectos vulgares.

El árabe granadino se diferenciaba también del alcoránico por una nota muy marcada que consistía en el uso de la *bimela* ó sea la pronunciación de la *á* casi siempre como *é* ó *í*, así decian *bib* en lugar de *bab* «puerta» *Meriem* por *Mariem* «María» etc., etc.

En el lenguaje de los musulmanes granadinos también se echaba de ver la influencia del elemento español, en la multitud de palabras castellanas que habian venido á enriquecerlo.—En este punto débese advertir que la población muslímica de Granada era en su mayor parte de renegados, y el elemento árabe de pura raza sumamente reducido. Así no es de extrañar que no solo en el lenguaje sino también en las artes, en las costumbres y aun en el traje se notaba de una manera muy marcada la influencia de los cristianos. —Esto no es decir que los rasgos peculiares de la raza, las creencias y el idioma se hubiesen perdido por completo en Granada al tiempo de la conquista de la ciudad. Pero si bien es cierto que el árabe continuó hablándose en Granada y sus alrededores y sobre todo en las Alpujarras, muchos años después de 1492, y que habia necesidad de intérpretes de arábigo nombrados por el Municipio y pregoneros de ambas lenguas, también lo es que la influencia del castellano en el árabe granadino fué tan marcada que aún puede apreciarse en los dialectos berberiscos de aquellos puntos donde los moros fugitivos de Granada se establecieron.

Es más, esta influencia no se ha limitado á las palabras de uso más corriente, pues que aun los mismos moros solían llevar apellidos castellanos, como puede verse en libros de apeo de diversos lugares de la vega; y en el cercano imperio marroquí hay numerosas familias moras procedentes de España que llevan apellidos españoles, como Salas, Paez, Vargas, etc.

Las anteriores indicaciones bastan para formarse una idea de las diferencias que separaban al árabe literal del hablado por los moros granadinos, y para que mejor se comprenda la estructura de tal lenguaje, á continuación insertamos la oración del «Ave María», tal y como la trae el referido *Vocabulista* del P. Alcalá.

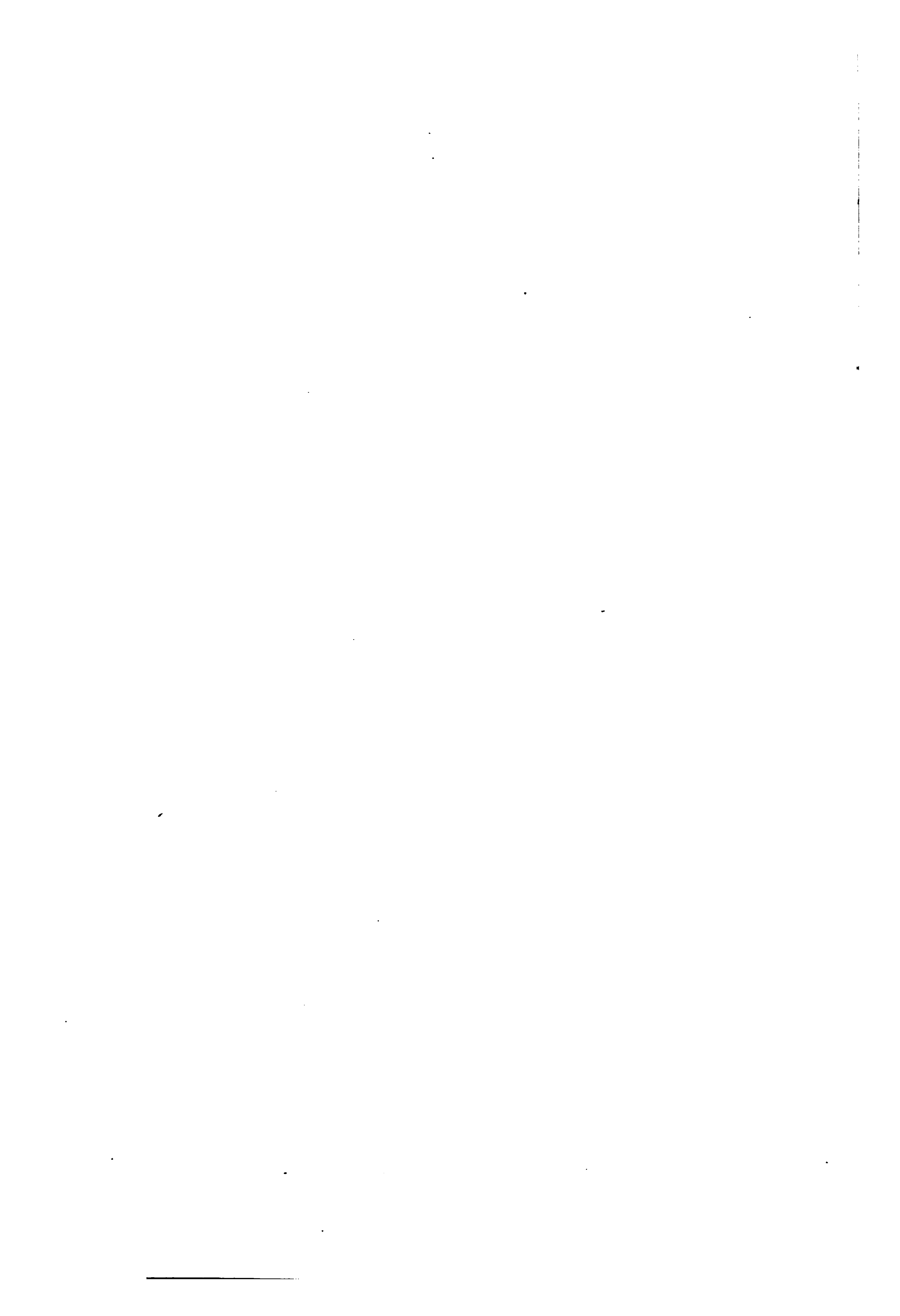
He aquí, pues, dicha oración en árabe granadino:

El Ave María: «Afrahi ya çaleha Mériem, ya mum»luatem min a niema, a rábbu maac: mubáraca ente »fi nicé, gua mubaraca hi tsamarat bátniq, rrabbuna »iisa, alláh azequejel. Ya çaleha Mériem, om Allah, »argáb áanina gua aán jamié al mudnibin. Amin.»

El lenguaje de los moros granadinos fué, en suma, el mismo dialecto vulgar *magrebí* con ligeras variaciones y modismos.

A. A. C.







FRAY HERNANDO DE TALAVERA.



Es quizá la figura del venerable y humilde arzobispo de Granada, la que mejor simboliza la idea de bondadosa transigencia con los moros granadinos sometidos, en que se inspiran las capitulaciones con arreglo á cuyas cláusulas rindióse nuestra morisca ciudad.

En el corazon del santo prelado, no podían caber ni la injusticia de los intransigentes, ni la astuta política de Hernando de Zafra, ni los exagerados rigores católicos de Cisneros. Él creyó siempre, que con el afecto y la templanza se llegarían á conseguir mayores resultados que empleando medidas violentas, y el tiempo dióle bien pronto la razón, y en la historia

han quedado innegables testimonios de que no se equivocaba, al explicar de qué modo se había de proceder en la conversión de los moriscos: «Estos han de ser enseñados, como decía San Pablo, como niños, con leche, y no con mantenimiento duro.»

Sin embargo, si injusta ha sido la historia, al juzgar figuras tan eminentes como Pedro I de Castilla, Fernando V de Aragón, Felipe II y otros muchos reyes, príncipes y persónajes importantes, la injusticia adquiere mayores proporciones que en ningún otro caso, — tal vez pudiera asegurarse,—respecto del humilde y sabio religioso.

Persiguióle en vida nada menos que la Inquisición, acusándole de protector de herejes, moros y judíos. Después de muerto, los glorificadores de Cristobal Colón no han tenido inconveniente en lanzar las sátiras más duras y crueles, en calificar de ignorante, fanático é intransigente á Talavera, para realzar la historia del navegante insigne y forjar á su antojo la leyenda de las persecuciones y de las injusticias de que hacen víctima á aquel; advirtiendo que en las modernas y empeñadas discusiones en que Vidart y Fernández Duro han tomado á su cargo la patriótica empresa de demostrar que en nada se amengua la gloria de Colón, probando que ni España fué ingrata con el genovés insigne, ni Fernando V, Pinzón, Fonseca, Buil, Ovando, Margarit y Bobadilla, martirizaron al inmortal navegante, nadie toma á su cargo la buena obra de librar la memoria de Talavera del estigma con que la mancillaron, solamente para

describir con los más negros colores las decisiones de los teólogos y astrólogos de Córdoba, á quien él presidió. (1)

En nuestro *Estudio sobre la estancia en Granada y Santafé de Cristobal Colón, para concertar con los Reyes Católicos el descubrimiento de América,* premiado por el Excmo. Ayuntamiento é inédito aún, hemos tratado, aunque ligeramente, de desvirtuar esos errores, fundamentándonos en opiniones tan desinteresadas y respetables como la del ilustre catedrático alemán M. So-

(1) Ya impreso en pruebas este ligero apunte, que puede servir de pretexto para un estudio acerca del ilustre Arzobispo de Granada, llega á nuestras manos el n.° 24 de la revista *España-Portugal,* donde se publica un extracto de la conferencia dada en el Ateneo de Madrid, el 14 de Enero anterior, por el entendido bibliófilo, literato é historiador Sr. Fernández Duro. Titúlase la conferencia *Amigos y enemigos de Colón,* y en ella, el entusiasta defensor de los españoles, en contra de los que al insigne genovés glorifican, procuró probar que este «halló en España muchos que le ayudaron y protegieron, y que de las enemistades que tuvo, debió la mayor parte á su caracter poco simpático.» Sin detenernos ahora á examinar lo exagerado de parte de esa tesis, vamos á no dejar que pase sin protesta un error ó ¡quién sabe lo que puede ser!, que en ese extracto hallamos. Juzguen los lectores:

«Doña Isabel reunió una junta de pilotos y sabios para que examinaran el pensamiento. Formó en la junta el *prelado Alonso de Talavera, decidido partidario de la expulsión de los musulmanes, á cuya idea sacrificaba todas las demás, por lo que la Junta desechó la de Colón, suponiendo Talavera que España debia consagrar á la de él todas sus fuerzas.»*

Es tan nuevo este aspecto del caracter de Fray Hernando de

phus Ruge, que tratando de los sabios de Córdoba y de sus juicios sobre el proyecto de Colón, dice, que este se vió ante ellos «en grandes apuros, porque no se contentó con aducir á favor de su proyecto sus autoridades cosmográficas, sino que se valió también ante la junta de doctos teólogos de pasages de la Biblia mal comprendidos, dando de su misión una opinión tan fantástica y especial que la mayoría de los jueces no pudo declararse en su favor» *(Historia de los descubrimientos geográficos)*; con efecto, el insigne genovés, creyóse á veces inspirado por la Divinidad, y basta para demostrarlo consignar estas frases de una de las cartas que dirigió á los Reyes: «Me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable á que

---

Talavera, que así no vacilamos en creer que el autor del extracto de la conferencia en cuestión se ha equivocado lastimosamente, pues no es posible admitir un desconocimiento tal de nuestra historia, en persona de tantos méritos como el Señor Fernández Duro.

Prescindiendo de la equivocación de *Alonso* por *Hernando*, presentar á Talavera como el mantenedor de la expulsión de los moros es idea peregrina, que el más insignificante hecho histórico comprobado destruye por completo. Para lanzar este nuevo estigma sobre la venerable figura del *Alfaquí santo*, como los moros le llamaban, muy poderosas razones tendrá el Señor Fernández Duro, y esas razones debe de darlas á conocer, porque trasformarían por completo el concepto histórico de uno de los varones más eminentes por su piedad, su talento y su templanza, que figuran en el reinado de los Reyes Católicos. Por nuestra parte, celebraremos que todo ello sea un error de copia.

era hacedero el navegar de aquí á la India, y me abrió la voluntad para la ejecución dello» *(Colección de Navarrete)*.

Y véase hasta dónde llegan las injusticias de la humanidad y de la historia. Desde el pleito seguido á comienzos del siglo XVI por D. Diego Colón contra el fiscal del Rey, en que el doctor Rodrigo Maldonado dijo que el prior de Prado,—después arzobispo de Granada—y sus compañeros de consejo «concordaron que hera ymposible ser verdad lo quel dicho almirante desya: e que contra el parecer de los mas dellos porfió el dicho almirante de yr el dicho viaje» *(Colec. de documen. de Indias,* tomo XIX), se pretende convertir á Talavera en enemigo personal de Colón, habiendo un moderno historiador que supone al Venerable Arzobispo trabajando *sin perder tiempo* con el Rey y otros enemigos de aquel, en desprestigio de su proyecto (ASENSIO, *Cristobal Colón* etc., Barcelona, 1891). De esa declaración, especialmente, se hace surgir todo el capítulo de cargos contra Talavera, sin tener presente que en el pleito léense frases tan poco dignas de crédito, que ni aun se armonizan con la historia colombina, fraguada después en desprestigio de España y de los españoles que en el descubrimiento de América intervinieron.

Vemos, pues, en ella á Talavera señalado como ignorante y fanático intransigente y acusado de trabajar *sin perder tiempo* en contra de Colón, cuyos proyectos no había llegado á comprender. En cambio, y para que la injusticia sea más palpable aún, la Inquisi-

ción le procesa y á todos sus parientes y familiares como protector de moros y judios, y Ximénez de Cisneros se muestra en desacuerdo con él, porque emplea la templanza y no el rigor contra los moros sometidos. De manera, que de un lado, señálasele como fanático creyente que desechó el proyecto de Colón porque no se avenía con sus escasos conocimientos teológicos y científicos, y de otro culpásele de no ser ferviente convertidor de moros y se le entrega á la Inquisición acusado de *judaizante*....

Alguien hizo justicia cumplida, sin embargo, al venerable Prelado granadino; los infelices moros, que le profesaban respetuoso y verdadero cariño, y el astuto secretario de los Reyes Católicos Hernando de Zafra.

Basta solo un hecho, para probar el ascendiente que Talavera ejercía sobre los moros: el efecto causado por el anciano venerable en aquel terrible tumulto del Albaicín, que iba á costar la vida al cardenal Ximénez de Cisneros.

Por lo que á la opinión de Zafra respecta, trasladaremos aquí algunos fragmentos de sus cartas á los Reyes Católicos, publicadas en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos VIII y XIV.

«El Obispo, crean vuestras Altezas que fué muy provechoso quedar en esta tierra, porque á todas las gentes da mucho contentamiento y los oye y los despacha muy bien y cierto muy contentos están dél; y para algunas cosas que acaescen en este reino bueno

fuera que le dejaran vuestras Altezas poder, que aunque algunas cosas se proveen con su autoridad, hay otras para que es menester poder» (Á continuación se leen estas palabras que están tachadas: «Y sin duda dello serán vuestras Altezas servidos; que aunque para otra cosa no aprovechase sino para los debates y robos destos puertos porque muchas gentes se agravian y quejan, y no basta razón ni ruego; con los arrendadores aprovecharía, demás de otros agravios que se hacen en la tierra que sería menester que hobiese quien los oyese y remediase») (Minuta de carta al parecer de Zafra. 22 de Agosto quizá de 1492).

«El obispo dijo misa de pontifical el día de la Concepción de Nuestra Señora en su iglesia, donde agora están los flaires de San Gerónimo, y pedricó; y la misa fué tan solene, y el sermon tan bien dicho, que á vista de todos los que allí estaban, donde había algunos letrados, dicen que nunca mejor sermon vieron»..... (Carta de Zafra, Agosto 1493).

En otra carta anterior, en que Zafra da cuenta de que se hacen muy pocas obras en los castilios del mar, dice: «Porque el obispo non da dineros ni los tiene,» que el obispo debe 500000000 maravedis «*y aun mas*».... «y si algun dinero viene de la cruzada todo se consume en las iglesias y monasterios y obras dellas, y aun lo mas del tiempo está la plata del obispo empeñada y aun vendida.»

Los anteriores fragmentos, y aún otros que pudieramos citar, revelan mejor que las encomiásticas obras del P. Sigüenza, de D. Jorge Torres y del Abad de

Santa Fé, que la *Historia* de Pedraza, y que otros autores, antiguos y modernos, lo que fué el venerable Prelado á quien los moros llamaban el *Santo faqui*, le besaban las vestiduras y le obedecian como á sus más respetados sacerdotes.

Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, hace una breve pero hermosa síntesis de los merecimientos de Talavera; el sabio Amador de los Rios, le restituye su valor como hombre de ciencia, extractando sus obras y sermones y consignando estas hermosas palabras: «Fué, pues, Hernando de Talavera, durante la segunda mitad del siglo XV, la más alta gloria de la elocuencia sagrada, como era uno de los más ilustres prelados de la Iglesia española»... (Tomo VII, cap. XXI); pero su gloria mayor está en los documentos de la historia.

Cuatro ó seis años después que desoidos sus prudentes consejos, causáronse las algaradas y motines de los moriscos andaluces, el Rey Fernando, por cédula de 20 de Marzo de 1510, encarga al cardenal arzobispo de Toledo ordene á los obispos «enseñen é doctrinen en las cosas de nuestra santa fee» á los cristianos nuevos que por ignorancia de que no eran culpables habían caido en error, y en el mismo año, las Cortes de Monzón resolvían: «*Y los moros que no sean hechos cristianos por fuerza.*»—No puede confirmarse de un modo más evidente, la razón que asistía al venerable Talavera, al decir que los moriscos «han de ser enseñados, como decía San Pablo, como niños, con leche, y no con mantenimiento duro.»

Hora es ya de que se escriba la verdad acerca del humilde religioso, y ninguna época mejor que la presente, en que se cumplen cuatro siglos del principio de su santa y admirable obra en la diócesis de Granada.

FRANCISCO DE P.ª VALLADAR.



ble originalidad y completa exactitud histórica en el boceto de D. Isidoro Marín, «La Toma de Granada», premiado mediante concurso por el Excmo. Ayuntamiento y cuya fototipia acompañamos así mismo por ser la única nota de interés pictórico que ha tenido la conmemoración actual del IV Centenario de la Reconquista, exceptuando la notable copia de la «Rendición de Granada» por Pradilla, hecha por D. Diego Marín, primera autorizada por Pradilla y, cuya adquisición debió llevar á cabo el Ayuntamiento.

La tirada de este número es de 500 ejemplares numerados é impresos en igual papel y condiciones que el presente, y hecha la distribución de los que corresponden á nuestros consocios, los cien ejemplares restantes quedarán á la venta en las librerías de esta ciudad, al precio de 3 pesetas.

En el período durante el cual ha estado en suspenso la publicación, hemos repartido únicamente un apéndice al tomo IV, tomo que damos por terminado con la portada del mismo que acompañamos con este número; y de aquí en adelante nuestro *Boletín* aparecerá á medida que lo vayan permitiendo las circunstancias, y lo exijan la índole y número de los trabajos que tengamos á nuestra disposición.

Hechas estas manifestaciones y aclaraciones, debemos añadir, finalmente, que agotados los tomos I, II,

III y IV, no podremos servir los pedidos que de ellos se nos hagan, rogando á aquellas personas que tengan colecciones incompletas ó completas y quieran desprenderse de ellas se sirvan manifestarlo al Secretario de la Sociedad, para ponerlo en conocimiento de los Sres. que las deseen.

Señores que constituyen el Comité organizador de los festejos para el Cuarto Centenario de la Toma de Granada y Descubrimiento de América.

Junta Directiva.

Sr. Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento D. Manuel Tegeiro.

Ilmo. Sr. Capellán Mayor de Reyes Católicos Don Juan Sierra, Presidente.

Sr. Presidente del Liceo D. Abelardo Martínez Contreras, Vicepresidente.

Sr. Presidente de la Unión Hispano-Mauritánica D. Antonio Almagro Cárdenas, Secretario.

Vocales.

Sr. Presidente de la Comisión de Monumentos, D. Francisco J. Simonet.

Sr. Presidente de la Sociedad Económica, Marqués de Dílar.

Sr. Presidente del Centro Artístico, D. Agustín Caro.

Sr. Presidente de la Comisión de festejos, D. Francisco Campos Cervetto.

Sr. D. José Rubio Rada, concejal del Ayuntamiento y de la comisión de festejos.

Sr. D. Miguel Garrido Atienza, síndico.

Sr. D. José M. Segura, síndico.

Sr. D. José Sagarra, concejal.

Sr. D. Justo Ortiz Pujazón, id.

Sr. D. José de Burgos Torrens, id.

Sr. D. Agustín Rodríguez Aguilera, id.

Sr. Director de *El Defensor de Granada*, D. Luis Seco de Lucena.

Sr. Director de *El Popular*, D. Francisco Cobos Maza.

Sr. Presidente de la Cámara de Comercio, D. Juan Rubio Pérez.

Sr. Restaurador de la Alhambra, D. Mariano Contreras.

Sr. Arquitecto municipal, D. Modesto Cendoya.


Centro
Artistico

